



CON CUATRO TABLAS Y CUATRO CHAPAS

Beatriz Díaz

VIVIR EN BARRACAS

CON CUATRO TABLAS Y CUATRO CHAPAS
VIVIR EN BARRACAS

Con cuatro tablas y cuatro chapas. Vivir en barracas.

Autora:

Beatriz Díaz

beatrizlombritz@gmail.com

www.detarifa.net/memorias

Autoedición. Bilbao, 2018

Diseño y maquetación de interior y portada:

Rasgo Audaz, Sdad. Coop.

hola@rasgoaudaz.com

rasgoaudaz.com

Foto de portada:

Fuente: Blog La Línea en Blanco y Negro,
de **José Luis Traverso**.

Foto de contraportada:

Beatriz Díaz.

Natalia Díaz filma a Trini Gómez, en un pasadizo de la
barriada de La Atunara (La Línea). Junio de 2013.

Depósito Legal: BI-1006-2018

CON CUATRO TABLAS Y CUATRO CHAPAS VIVIR EN BARRACAS

Memoria Oral de la vida en las barracas de La Línea (Cádiz)

Por **Beatriz Díaz**

Con los relatos orales de:

Kontxa Fernández,
Guillermo Pérez, Rafael López, María López,
Pepa Rojas, Pepa Sarmiento, Ángeles Henares,
Esperanza Campos, Quica Rojas, Hortensia Gil,
Manolo Quintero, José Sánchez, Trinidad Gómez,
Rafael Pérez, Carmen Sánchez,
Francisca Aguilar, Antonio Barros, Maruja Gil,
Isabel Álvarez y Antonio Casablanca.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
Barriadas de chabolas	
Una ciudad marginada	
El valor de los patios	
Las ausencias	
Las entrevistas grupales	
1. KONTXA FERNÁNDEZ.	
OLLARGAN	31
He soñado años con esa casa	
El cubo a la cabeza	
Había puertas abiertas	
Las mujeres aguantando mecha	
Nos trataban con desprecio	
Empezaron a hablar de las chabolas	
2. GUILLERMO PÉREZ, RAFAEL LÓPEZ Y MARÍA LÓPEZ	
GRUPO «SAN FELIPE»	51
Al olor de la frontera	
Con cuatro palos y cuatro latas	
Echábamos las basuras al mar	
Otra gente las ocupaba de nuevo	
Se llevaron a todas las mujeres	
Nos fuimos para Gibraltar	
Éramos mayores cuando nos enteramos	
3. GRUPO «LA CÁTEDRA»	73
PEPA ROJAS	76
Iba a Gibraltar con mi madre	
Todos los niños en la misma cama	
Una hornilla de carbón y un soplillo de palma	

PEPA SARMIENTO	78
<p>Todos vivíamos igual Cada año una nueva choza Un agujero en la arena</p>	
ÁNGELES HENARES	80
<p>Nos cobraban muy poco</p>	
ESPERANZA CAMPOS	81
<p>Una casa con luz y alcantarillado Ella con ocho hijos y su marido preso</p>	
QUICA ROJAS	82
<p>Piedra por las paredes y techo de rama Buscando una vida mejor En cada obra hacía una chocita Me ha faltado lo principal</p>	
HORTENSIA GIL	86
<p>Cayó una bomba en La Colonia Todo muy limpito y barridito</p>	
4. MANOLO QUINTERO, JOSÉ SÁNCHEZ, TRINIDAD GÓMEZ, RAFAEL PÉREZ Y CARMEN SÁNCHEZ GRUPO «LA ATUNARA»	97
<p>Se fue formando un pueblo pesquero Algo para cobijarse de las lluvias Una <i>torcía</i> y un chorreón de aceite Orgulloso de haber nacido aquí El mar se metía dentro de la casa Los vecinos eran como familia Durmiendo bajo una manta Un patio con barracas</p>	

Yo misma reparaba mi barraca Casas de junco y barro Llevaba los desechos a la playa	
5. FRANCISCA AGUILAR	121
Una habitación grande Siempre estaba mala yo Fui la primera con luz eléctrica El cubo se echaba en un <i>vacie</i> Echaron las barracas abajo	
6. ANTONIO BARROS, MARUJA GIL, ISABEL ÁLVAREZ Y ANTONIO CASABLANCA GRUPO «EL JUNQUILLO»	137
Cajones de té y pastas de arcilla Nos metimos en el pajar de mi abuelo Un medio de especulación Nos dedicábamos a hacer barracas La gente de la Ciudad sin Ley	
BIBLIOGRAFÍA	155

SERIES DE FOTOGRAFÍAS

I Barracas y chozas en Algeciras y San Roque	40
II Barracas en La Línea: El Conchal, El Castillo y cercanías	64
III Barracas en La Línea: La Atunara	88
IV Barracas en La Línea: Calle Oquendo (La Atunara)	110
V Barracas en La Línea: La Colonia	130
VI Barracas en La Línea: La herencia	148

INTRODUCCIÓN

Este libro reúne varias entrevistas grupales que hice en La Línea, ciudad gaditana fronteriza con Gibraltar, entre mayo y junio de 2013. Estas entrevistas buscaban información sobre la vivienda en la comarca de El Campo de Gibraltar en las décadas 30 a 70 del siglo XX, para la investigación del médico epidemiólogo Antonio Escolar «Los otros humos tóxicos de El Campo de Gibraltar»¹.

Quiero dar las gracias a las personas mayores de La Línea que han participado en mis investigaciones ofreciendo su valiosa experiencia y respondiendo a mis dudas. Agradecerles su confianza en mí y su nobleza. Ellas y ellos, auténticos supervivientes en una sociedad extremadamente injusta, han estado dispuestas a romper el silencio y además me han ofrecido un análisis verdaderamente lúcido.

Las conversaciones con Antonio Escolar y el acompañamiento de Natalia Díaz y de Miji Mijangos me han sido de gran ayuda para pensar sobre esta realidad y para encauzar mi trabajo. Vaya para los tres mi sincero reconocimiento.

1] Algunos resultados se recogen en el «Dictamen realizado por encargo del Defensor del Pueblo Andaluz sobre El exceso de mortalidad y morbilidad detectado en varias investigaciones en El Campo de Gibraltar».

Barriadas de chabolas

La Línea de la Concepción, con 63 mil habitantes en 2017, es la segunda ciudad más poblada de la comarca de El Campo de Gibraltar, en el extremo sur de Cádiz y de la Península Ibérica. Se asienta sobre una pequeña extensión arenosa de 19 kilómetros cuadrados, que une el peñón de Gibraltar al flanco este de la bahía de Algeciras.

La comarca de El Campo de Gibraltar abarca otras seis poblaciones: San Roque, Algeciras, Los Barrios, Castellar de la Frontera, Jimena de la Frontera y Tarifa. La zona ofrece muy buenas posibilidades de desarrollo y poblamiento. La pluviosidad alta y las temperaturas medias suaves permiten varias floraciones y cosechas al año y hay una exuberante vegetación autóctona que también es fuente de riqueza. Su extensión incluye dos parques naturales y la geografía de sus costas ha posibilitado el comercio e intercambio secular con culturas diversas.

Pero los datos sociales y económicos de esta comarca nos hablan de subdesarrollo. Dos factores de peso han condicionado su historia. Por un lado la tierra, como en otras zonas de Andalucía, ha estado históricamente en manos de pocos propietarios que no han buscado el progreso de la población. Y en segundo lugar, la ocupación colonial de Gibraltar a partir de 1713. Los intereses



Ubicación de la comarca de El Campo de Gibraltar (en color rojo) en Andalucía, Europa y el Mediterráneo. Tomado y adaptado de Wikipedia.

político militares en este contexto han condicionado fuertemente la vida cotidiana en la comarca. De hecho hasta los años setenta del siglo XX sólo existía gobernador militar, y no civil, y las actuaciones urbanísticas debían ser refrendadas por este cargo.

La parte urbana de la comarca se sitúa en el arco de la bahía de Algeciras: desde Algeciras, pasando por Palmones, Puente Mayorga y Campamento, hasta La Línea. Se trata de un área muy proletarizada, a donde emigraba la gente de otros pueblos de la comarca y del exterior. Esto supuso una gran masificación. De hecho, el mayor peso poblacional en la comarca lo tiene actualmente Algeciras. La media de densidad de población en la provincia de Cádiz es de 127 habitantes por kilómetro cuadrado. Algeciras tiene una densidad de población de unos 1.200 habitantes por kilómetro cuadrado y La Línea de 2.200. Son de las cifras más altas para toda Andalucía.

El acceso al agua potable en la vivienda, junto con el saneamiento, la luz eléctrica y las propias vías de acceso, no existen en muchos diseminados



Municipios de la comarca de El Campo de Gibraltar y Gibraltar (en color blanco). Tomado de Wikipedia.



Detalle de las poblaciones urbanas de la comarca en torno a la bahía de Algeciras y de Gibraltar al este del arco. Tomado y adaptado de Wikipedia.

rurales y barriadas marginales de la comarca. No exageramos al decir que la mayoría de las y los campogibraltareños nacidos antes de los años sesenta han vivido sin estas facilidades.

Dado que la inmensa mayoría de la población tenía mínimos recursos y estabilidad, la mayor parte del poblamiento hasta los años sesenta consistía en aldeas o diseminados de chozas y barriadas de barracas (chabolos) sin permisos o títulos de propiedad, en vías pecuarias, montes de propios, lindes, vaguadas y costas.

Hay variedad de construcciones: chozas o barracas, adosadas o anejas a casas de mampostería, casas hechas con restos de obras, barriadas de barracas o poblados de chozas, en veredas, en vaguadas o en zonas céntricas, patios con casas de mampostería y barracas...

La inestabilidad inherente al subdesarrollo condicionó los frecuentes traslados y cambios de vivienda de las familias. Con frecuencia el modo de independizarse respecto a los padres o tutores era formar nueva familia y alojarse en una barraca o en una choza, que podía ser más precaria que la precedente.

Mientras las oportunidades de la gente no mejorasen, pasar de la subsistencia en el medio rural al medio urbano o de una barriada a otra en la misma ciudad no suponía cambios considerables: se seguía habitando en infraviviendas, fueran de juncos, ramas, barro y piedras, o bien de tablas, chapa y cartón.

Una ciudad marginada

Hasta 1869 la aldea de La Línea pertenecía al municipio de San Roque y consistía en un núcleo de viviendas humildes construidas de maderas, juncos y cañas, junto a algunas casas de mampostería. Sus habitantes se dedicaban al comercio en torno a la frontera con Gibraltar. En 1869 estaban declarados unos 330 vecinos y había 136 casas de mampostería y 150 huertos cuyo objetivo principal era abastecer a la población civil y militar de Gibraltar. En ese año se solicitó de manera formal la segregación de La Línea respecto al Ayuntamiento de San Roque y en 1870 se hizo realidad la demanda.

En los textos de la época quedan recogidos los argumentos del Ayuntamiento de San Roque en contra de su separación, de los que resaltamos dos. Uno, que la mayoría de los habitantes de esa aldea llamada La Línea no podían considerarse vecinos. Ciertamente, para 1870 se citan 2.506 habitantes no empadronados, que por lo tanto no eran ciudadanos en derecho. Y en segundo lugar, que la prosperidad de los vecinos dependía en gran medida de Gibraltar. Es decir, que su relación con Gibraltar era de sustento y dependencia simultáneos. Estas dos claves sociales condicionarían desde su mismo nacimiento la historia de La Línea y por lo tanto su presente.

La Línea es, como Algeciras, un municipio eminentemente urbano, obrero, superpoblado y marginado. ¿Cómo fue creciendo la ciudad a partir de ese conjunto de casas de mampostería, chozas y chabolas? ¿Cómo se distribuían los diversos tipos de viviendas? La ciudad de La Línea no sólo cultivaba y vendía alimentos a Gibraltar sino que era espacio de negocios, ocio y socialización de los gibraltareños. Por eso se constituyó en una ciudad de grandes contrastes sociales. Desde su nacimiento, convivieron chozas y chabolas con grandes edificios de uso comercial o cultural: un mercado de abastos construido en 1882, una plaza de toros que data de 1883, el edificio de la aduana, los teatros, cines y locales de alterne.

Desde sus inicios como ciudad se hizo patente la inversión de la propia población inglesa. Un artículo publicado en el periódico *El Perro* el 21 de octubre de 1880 explicaba que los comerciantes de Gibraltar promovieron la construcción, «dándose el espectáculo de que una población española pertenezca en casi su totalidad a súbditos ingleses por propiedad o por hipotecas»².

2] Pérez Girón, Antonio (2007:23,24). San Roque y su prensa (1880-2006). Edita Asociación de la Prensa de El Campo de Gibraltar. Algeciras.

FECHA	SUCESO EN GIBRALTAR O EN LA LÍNEA
1700	Gibraltar es un puerto español similar al de Cádiz y tiene 6.000 habitantes
1704	Gran Bretaña ocupa Gibraltar
1713	España firma tratado de cesión de Gibraltar a Gran Bretaña
1830	Gran Bretaña declara Gibraltar posesión británica
1870	La Línea se independiza de San Roque
1921	Se crea el Ayuntamiento de Gibraltar, con 18.400 habitantes
1936	Golpe de Estado en España e inicio de una Guerra Civil Miles de campogibaltareños y andaluces se refugian en Gibraltar Se empieza a exigir <i>pase</i> para entrar en Gibraltar
1939	Acaba la Guerra Civil en España Se instaura una dictadura fascista y una economía autárquica
1940	Empieza la Segunda Guerra Mundial Miles de gibraltareños son evacuados
1945	Acaba la Segunda Guerra Mundial Comienza la repatriación a Gibraltar de los evacuados
1951	Se da por acabada la repatriación a Gibraltar
1954	Visita de la reina de Inglaterra a Gibraltar El dictador Franco limita el acceso de trabajadores españoles a la colonia
1963	Aprobada constitución en Gibraltar y autogobierno en asuntos internos
1964	En Gibraltar se crea un gobierno propio
1967	Referéndum en Gibraltar para decidir su dependencia Cierre del paso fronterizo de La Línea a Gibraltar
1969	Gran Bretaña asigna constitución y parlamento a Gibraltar Clausura de la frontera de España con Gibraltar Corte de líneas telefónicas y telegráficas de España con Gibraltar
1975	Muere el dictador Franco Se inicia una transición política en España
1982	Apertura del paso fronterizo peatonal entre La Línea y Gibraltar
1985	Apertura de la frontera al paso de vehículos y de mercancías

En 1880 La Línea tenía 1.260 habitantes censados. Veinte años después, en 1900, su población se elevaba a 11.884 habitantes. Los datos demográficos y sociales evidencian que la población de La Línea siempre ha fluctuado al ritmo de la demanda laboral en Gibraltar. Esto provocaba situaciones insostenibles en periodos de menor demanda. Un artículo del semanario comarcal Sur publicado en 1935 atestiguaba sobre La Línea:

Dos poblados de barriadas de pesca existen aquí, La Colonia y La Atunara, que viven todo el año mal y, en invierno, peor. Tenemos un crecido número de familias de aquellos que fueron en un tiempo obreros que trabajaron en el abastecimiento de carbón a los buques y que ahora se hallan en paro forzoso y angustiador. El Ayuntamiento se halla imposibilitado de dar por sus propios medios solución al conflicto de hambre y miseria que se nos plantea, cada vez con carácter más angustioso³.

La prensa del momento ofrece imágenes muy claras: un artículo publicado en el periódico nacional El Sol en 1921 define esta ciudad como «la verdadera cenicienta, postergada y huérfana de toda tutela por parte de los gobiernos». Igual situación describe cinco décadas después el estudio sociológico de Juan Maestre titulado «Hombre, tierra y dependencia en El Campo de Gibraltar» (1968). Y todavía en 1982 Juan Carmona de Cózar, entonces alcalde de La Línea, denunciaba en un artículo de prensa que en esa ciudad «muchos vecinos pasan hambre y viven en barracas».

En 1929 se adjudicaron las obras del suministro de agua potable y del servicio de alcantarillado de La Línea. Dicha red comenzó a funcionar en 1930 pero hasta 1956 no fue ampliada. En 1957 se estableció oficialmente el servicio municipal de recogida domiciliar de basuras y residuos. Pero la mayoría de la población no tuvo agua potable ni saneamiento hasta los años 80.

En los años 50 había decenas de miles de habitantes en las barriadas de barracas de La Atunara y La Colonia. Miguel Mougán, párroco de Santiago Apóstol en los años cincuenta, recuerda así su llegada a La Línea⁴:

3] Una voz de La Línea; También nosotros pedimos. Anónimo (1935). En: Semanario Comarcal Sur nº 11, lunes 25 de marzo de 1935, pág 2. Texto adaptado.

4] Entrevista personal.

Me encuentro con una pobreza y miseria que no conocía, aunque yo ya había estado en San Fernando, en Cádiz, en Vitoria, en París... Aquí mi feligresía eran diez mil personas viviendo en pequeñas casas de madera y cartón. Una barriada inmensa de dos o tres mil barracas en unas diez calles. Venían pensando en aprovechar la *gandinga*, el sobrante del rancho de los soldados ingleses. En la costa de Levante algunos vivían de la pesca, cuando podían. También del negocio de la frontera. En La Línea había un gran contraste entre la pobreza suma de las barracas y el esplendor gibraltareño. Ser gibraltareño era la mayor meta a la que podía aspirar la gente⁵.

Hasta los años previos al cierre de la frontera (en 1969) no se realizó un censo sistemático de habitantes: el registro iba a poner en evidencia que en esta ciudad decenas de miles de personas sobrevivían hacinadas en barracas, con una insuficiente cobertura sanitaria, escolar y social, y urgentes necesidades en urbanismo y saneamiento.

El Plan de Desarrollo Comarcal incluía mejoras en el ámbito industrial y también proyectos de urbanización en La Línea y Algeciras. Empezó a tomar forma en los años 50 y a implementarse en los 60. En ese mismo período el estado franquista fue estrechando las condiciones de acceso de los trabajadores españoles a Gibraltar, hasta el cierre de la frontera y de las comunicaciones telefónicas en 1969. El Plan de Desarrollo buscaba compensar a la población local por el cierre.

A finales de los años cincuenta comenzó el derribo de barracas y la asignación de vivienda de protección a muchas familias que las habitaban. En 1960 había todavía en La Línea 3.500 barracas censadas. En concreto en la barriada de La Colonia había censadas 791 barracas. Para 1973 en la barriada de La Atunara había 635 barracas censadas. Las cifras reales eran más altas, sin duda.

La vivienda de protección por sí misma nunca ha acabado con los motivos de la marginación. En 1991 se calculaba en La Línea una población vulnerable de 44 mil personas, sobre el total de 58 mil habitantes. Y el análisis urbanístico de barrios vulnerables realizado en 2001 por encargo del Ministerio de Fomento cita los siguientes barrios en La Línea: La Atunara, El Conchal-El Castillo, El Junquillo, San José-San Bernardo y San Pedro. Los tres primeros

5] Actualmente la prensa se refiere a El Campo de Gibraltar como una zona «donde el 25% del PIB depende de la colonia» (El Confidencial: Agustín Rivera, 2015) y donde «el estatus de Gibraltar elimina la posibilidad de riqueza» (El Economista: Juan Velarde, 2017).



La Línea. Se ubican lo puertos y playas, y los barrios más vulnerables. Adaptado de: «Análisis urbanístico de barrios vulnerables», realizado en 2001 por Laura López Álvarez y Álvaro Sánchez Toscano.

barrios de esta lista han sido los principales espacios de vida de las personas entrevistadas cuyos relatos ofrezco.

El derribo de las barracas no ha silenciado la historia de la gente que vivió en ellas, ya que la historia permanece en su memoria. La arquitectura y el urbanismo de La Línea asoma por los patios, en los muros y aceras. Algunas zonas de La Línea han conservado parte de su fisionomía originaria. Muchas viviendas de una o dos plantas que conocemos actualmente tienen su origen en barracas. Y en 2018 hay todavía barracas en las barriadas de La Colonia y La Atunara.



Vista aérea de la calle Cardenal Cisneros en la barriada de La Colonia (La Línea). Tomada de Google Maps en 2018.



Vista aérea de las calles Ter y Cartagena, en la barriada de La Atunara (La Línea). Tomada de Google Maps en 2018.

Un paseo por la reciente barriada de El Junquillo, creada para alojar a parte de los habitantes de las barracas, nos habla a voz en grito de la pervivencia de la marginación. Los factores del subdesarrollo en la comarca permanecen.

El valor de los patios

Muchos patios de La Línea tienen su origen en casas agrícolas de una planta construidas junto a los huertos que abastecían a la colonia de Gibraltar. Cuando La Línea se constituyó como población obrera muchos de sus propietarios alquilaban estas casas compartimentadas. Cuando la demanda laboral en Gibraltar decrecía «la gente volvía a las cosechas y otros quehaceres en sus pueblos, los patios se quedaban casi vacíos y se ponían carteles anunciando el alquiler», explica Vicente Ricardo.

Isabel Álvarez recuerda que a principios de los años treinta, cuando su madre se metió en el patio Cabo Guardia de la barriada El Castillo «los patios estaban medio vacíos. Primero no pagaban nada, porque nadie miraba quién los ocupaba. Apareció después una casera y empezó a cobrar alquiler en nombre de los dueños».

A partir de finales de los años ochenta la mayor parte de patios se vendieron a constructoras y se derribaron para levantar edificios de altura.

En esta joven población los patios han sido espacio de apoyo y crisol de socialización de costumbres en la alimentación, el juego, el parto y la crianza, la lectura e intercambio de información, la enseñanza no formal, la formación profesional... Y en rituales relacionados con el nacimiento, el matrimonio, la primera comunión católica, las fiestas del palo de mayo o la muerte. Isabel Álvarez subraya que en los patios no había rivalidad: «Tú no eras menos que yo. Éramos todo el mundo igual». Maruja Gil añora las fiestas: «También se era feliz, porque en los patios se daban los bailes, ¡no he bailado yo nada!».

En estas viviendas comunitarias se hacía trueque y comercio a pequeña escala: las mujeres exponían el estraperlo, se guardaban cajones de tabaco y a sus portones se asomaban los *diteros* o vendedores a plazos. En los patios, las mujeres eran las principales protagonistas de una vida social que permitió sobrevivir en tiempos difíciles y fraguar la identidad de la población linense.

Nombres de patios de La Línea

Elaborada por Maruja Gil

Patio del Bar Los Pellejos	Patio Baru Serfaty
Patio El Blanquillo	Patio Cabo Guardia
Patio Camarón de la Isla	Patio Campamentero
Patio Los Canasta	Patio o Huerto El Capitán
Patio La Casera	Patio San Cecilio
Patio Celeste	Patio Ciríaco
Patio de Concha o de Justo Grande	Patio del Cónsul
Patio Contreras	Patio Cuartel de la Guardia Civil
Patio El Cuco	Patio El Cuerno
Patio Chonchantre o Chansontre	Patio Danino
Patio Earle	Patio La Elegancia
Patio Falguero	Patio Fariña
Patio Garesse	Patio George
Patio Hernández	Patio de los Huesos
Patio del Inglés	Patio Jacomine
Patio de Juan Rojas	Patio Lima
Patio El Loro	Patio Isaac Peral
Patio de Las Latas	Patio Marconi
Patio El Matadero	Patio El Mosquito
Patio Los Navegantes	Patio Negro, Negrote o Negrotto
Patio La Paloma	Patio Parody
Patio Parquer	Patio Perea
Patio Poca Ropa	Patio de Ramón Carlín
Patio Reñidero de Gallos	Patio del Rey Galileo
Patio de Rosa	Patio Rubio Torero
Patio San Pedro	Patio del Señor Juan
Patio La Serrana	Patio Seruya o Serruya
Patio Siete Revueltas	Patio Sin Puerta
Patio La Tagarnina	Patio Triana
Patio de Trino	Patio Vegazo
Patio Viaga	



Patio Celeste, en calle Moreno de Mora (La Línea). Habitado en 2013. Fotografía: Beatriz Díaz.

Las ausencias

La búsqueda bibliográfica me ayudó a diseñar las entrevistas y a dotar de contexto a los relatos. Consulté los fondos locales de las Bibliotecas municipales de La Línea y de Tarifa, y el de Radio Televisión de Tarifa. También repasé mis propios documentos sobre El Campo de Gibraltar, que incluyen un fondo sobre La Línea de Gonzalo Arias Bonet, donado por su hijo Mario⁶. Y revisé los testimonios orales que había recogido en El Campo de Gibraltar entre 2004 y 2013.

Asimismo, hice un sondeo en Internet de textos, imágenes y vídeos, incluyendo foros y blogs locales. Usé los siguientes términos clave: barraca, *berraca*,

6] Gonzalo Arias, fallecido en 2008, fue historiador, traductor y pionero de la no violencia en España. Estuvo muy comprometido con la realidad social de La Línea y Gibraltar. Realizó varias acciones simbólicas en contra del cierre del paso fronterizo impuesto por el dictador Franco.

chabola, «ciudad sin ley», urbanismo, saneamiento, historia, vivienda tradicional, población y urbanización. Los busqué combinando con los nombres de cada localidad de la comarca y de la propia comarca.

Los resultados fueron escasos y de contenido en general confuso. Hay vacíos llamativos referidos al período 1930-1980. Muchas fuentes institucionales no hacen mención a las barriadas donde vivía la mayoría de la población. Afortunadamente, en los últimos años algunas webs de fotos se han enriquecido con aportaciones particulares de imágenes cotidianas en estas barriadas, donde la barraca era la vivienda principal⁷.

Los escritos previos a 1936 son más transparentes cuando hablan de la realidad de la vivienda en la comarca y apuntan sin reparos al caciquismo y al abandono institucional como responsables. Los publicados durante el franquismo silencian esta realidad. Lo mismo sucede con la mayor parte de los trabajos posteriores al franquismo.

Hay una excepción: algunos estudios difundidos en el contexto del Plan de Desarrollo comarcal (en paralelo a las medidas encaminadas a cerrar la frontera) sí se refieren a las barriadas de chabolas. Buscaban mejorar la imagen de presencia y responsabilidad institucional en una zona secularmente abandonada.

Cabe preguntarse si las ausencias de información y análisis tienen relación con la pervivencia de la censura o con el desinterés de la sociedad actual por constatar las grandes desigualdades sociales.

Las entrevistas grupales

La población local nacida o llegada a partir de los años 70 tiene un gran desconocimiento de su pasado reciente. Muchas de ellas ni siquiera conocen el significado de la palabra barraca, ¡una palabra que encierra tanta historia...!

Al mismo tiempo, muchas personas nacidas en la comarca de El Campo de Gibraltar entre los años veinte y sesenta del pasado siglo XX tienen un saber exuberante y muy consciente sobre su historia. Se hace sumamente necesario recoger y conservar su testimonio oral.

7] Salvo alusión expresa, las imágenes de este libro proceden de las páginas de Facebook «Historia de Algeciras en imágenes» e «Historia de San Roque en imágenes» (fotos de Algeciras y San Roque) y del blog «La Línea en blanco y negro» de José Luis Traverso (fotos de La Línea). Las referencias completas figuran en la bibliografía.



Entrevisté a trece mujeres y a siete hombres de diversos orígenes, nivel de estudios y edad. En unos casos les contacté directamente y en otros a través de colectivos vecinales. Mi trayectoria de trabajo en Memoria Oral durante los anteriores nueve años facilitó sobremanera esta labor. Realicé cinco encuentros grupales, en los que los participantes tenían vínculos familiares, de amistad o vecindad.

Usé un guión de entrevista abierto. Un guión que permitiera aflorar la diversidad de circunstancias y formas de enfrentarlas y que considerase tanto el cambio social como el individual. Incluí preguntas en torno al origen y formas de sustento de la familia, una breve historia de vida, detalles sobre las viviendas habitadas y su construcción, sobre la vida cotidiana en la vivienda (cocinar, calentarse, iluminarse, ocio, mantener la higiene familiar, saneamiento...) y en torno a las relaciones en su comunidad.

Recientemente he recogido la experiencia de Kontxa Fernández García, amiga y vecina de Bilbao nacida en Gijón que en los años 60 vivió en Ollargan. Ollargan es un barrio de Arrigorriaga limítrofe a Bilbao que en esa década estaba formado por cientos de chabolas.

He añadido a este trabajo el relato de Kontxa, porque representa un breve chapuzón antes de sumergirnos en la vida en las barracas de La Línea. Es un acercamiento a la vida en infraviviendas desde una realidad social menos cruda, aunque no por ello menos injusta. Habría mucho por conocer de cada barrio y de cada ciudad. Ojalá que la voz de Kontxa sea también una puerta entreabierta, un guiño a los habitantes de Bilbao para que investiguen y recuperen también esta parte de su historia.

En las entrevistas quedó sobradamente de manifiesto su necesidad de contar, como forma de procesar lo vivido y de sentirse reconocidas. El contexto de escucha y conversación respetuosa permitió aportaciones sobre la supervivencia en condiciones extremas, sobre la criminalización y sobre la represión franquista: asesinatos extrajudiciales de familiares, huida a Gibraltar tras el golpe de estado de 1936, presencia de maquis o guerrilleros antifranquistas y trabajos forzados en campos de concentración.

Las historias de vida de mi libro «Camino de Gibraltar; Dependencia y Sustento en La Línea y Gibraltar» señalan, entre muchas otras realidades, cómo era la vida en las barracas, la importancia de los patios y en general la relación entre el poblamiento y el desarrollo. La presente publicación amplía la mirada sobre la vida cotidiana en estas infraviviendas. ¿Quiénes vivían en las barracas de La Línea? ¿Por qué vinieron a esta ciudad fronteriza? ¿De qué vivían? ¿Dónde estaban las barracas? ¿Quién las construía? ¿Dónde obtenían los materiales?



Derribo de barracas cerca de El Conchal (La Línea). Al fondo, Gibraltar. Los antiguos habitantes siguen el trabajo de la máquina. El aspecto de los restos de las viviendas nos habla de su precariedad.

¿Cómo atender a los hijos e hijas? ¿Podían evitarse las plagas? ¿Dónde conseguir agua para beber? ¿Cómo arreglarse para cocinar? Para entender mejor esta realidad recomiendo la lectura previa del libro «Camino de Gibraltar» y de la investigación de Antonio Escolar «El medio social, la piedra clave»⁸.

Los hombres aportaron más información sobre la construcción de las barracas. Las mujeres recordaron con interés detalles de su vida cotidiana: formas de cocinar y de buscarse la vida con escasos recursos, de lavar, de deshacerse de las basuras, relaciones vecinales y familiares, arreglos de la barraca...

El abandono por parte de las instituciones gubernamentales era evidente. Varias personas explican que el Ayuntamiento sólo se hacía presente en ocasiones contadas como el censo y que por otra parte hubieron de pagar por el acceso a la luz y al agua, y por las obras de cierre del pozo. Estos hechos refuerzan la falta de confianza en las instituciones.

«Esa barraca era como un palacio». «Esto es una casa». Las personas entrevistadas reivindican, por encima de todo, dignidad en su vida. Se sienten orgullosas de haber sabido salir adelante en las condiciones impuestas. Y son conscientes de que su pobreza ha sido y es criminalizada, de modo que la injusticia a nivel social se enfoca como un problema de carácter personal.

8] Editados en 2011 por la Delegación Provincial de la Consejería de Salud en Cádiz, Junta de Andalucía. Son de acceso libre en internet y también pueden solicitarse a los autores.

«Yo empecé a escuchar la palabra "chabola" cuando tenía trece o catorce años. Se hablaba de "las chabolas" de las que veníamos, y "los pisos" en los que estábamos ya. Hasta entonces, yo decía "mi casa"».

KONTXA FERNÁNDEZ



Kontxa Fernández en la puerta de su casa en Ollargan (Arrigorriaga, Vizcaya), junto a su padre. Hacia 1963.

1

KONTXA FERNÁNDEZ.

OLLARGAN (ARRIGORRIAGA, VIZCAYA)

Cuando me dispuse a organizar las transcripciones de las entrevistas grupales que había hecho cinco años atrás, pensé en la posibilidad de añadir como primer acercamiento un relato sobre la vida en chabolas en otro lugar y contexto. Me acordé de Kontxa Fernández, vecina y amiga, y le propuse entrevistarla.

Quedamos a primeros de marzo de 2018. Mi lista de preguntas fue amplia. Mis recuerdos se atropellaban a medida que ella contaba, y generaban nuevas preguntas.

Al finalizar su relato personal repasamos algunos barrios de Bilbao y Arrigorriaga donde hubo más concentración de chabolas. En algunos, las calles y casas conservan la fisonomía de un barrio de chabolas: parte de Altamira y Betolaza, Monte Caramelo, Mazustegi... En otros casos las chabolas sólo se conservan en los recuerdos de la gente mayor: Olatxu, Irusta, Buia, Seberetxe, Zorroza, Ollargan, Rekalde, Deusto...

Contenidos:

He soñado años con esa casa
El cubo a la cabeza
Había puertas abiertas
Las mujeres aguantando mecha
Nos trataban con desprecio
Empezaron a hablar de las chabolas



Kontxa Fernández
García. Vizcaya, 2014.

He soñado años con esa casa

Yo nací en 1959 en Gijón, donde vivían mis padres. Era muy pequeña cuando vivía en Ollargan y tengo ligeros recuerdos. Yo no me acuerdo del momento de la foto. Me acuerdo de la casa y de que era el número 26. He soñado años y años con esa casa y con ese número. Porque cada casa tenía número.

Nosotros llegamos a una casa hecha. La recuerdo de ladrillo. Mi tío la había construido. Él llegó allí con su mujer y nueve hijos que tenían. Era una casa de pocos metros cuadrados y dos habitaciones y allí vivían todos; no sé cómo lo harían. Como mi tío trabajaba en la mina, le dieron una casa de protección oficial en San Ignacio. Antes de que se marchara llegó mi padre desde Gijón y vivió con ellos. Él trabajaba en la construcción. Luego vino mi madre conmigo, que yo tenía dieciséis meses. Y esa casa que él dejó es donde vivimos nosotros durante ocho años.

Las chabolas las levantaban por la noche, porque era ilegal construir. Y ya de día, la ley no permitía derribar aquello. Pero en una noche no puedes hacer una casa en condiciones: las hacían como podían, con maderas, con cartones... Y el techo con lo que fuera. Y luego se iban arreglando.

He visto casas muy diversas, cada una con su idiosincrasia: unas casas tenían escaleras, en unas se entraba por abajo, en otras por arriba. Unas tenían tres espacios. Las cocinas eran diferentes... Y había casas mejores.

El techo era de teja y por dentro estaba raseado. Pero recuerdo muchas goteras. Había muchos cubos para las goteras por casa.

Al principio sólo teníamos bidones. Se iba a las fuentes con unos botes de plástico para rellenar el bidón. Cuando tenía seis añitos llegó el agua, un grifo. Fue en mi comunión.

En Ollargan teníamos alguna farolilla y en casa había un cablecito y la bombilla. Y alguna gente tenía enganchada la luz a la calle.

La chabola al lado de mi casa eran gitanos. Eran muy sucios. El bater eran tres ladrillos con un retrete en el medio y una puerta de madera. Recuerdo a mi madre quejándose de los gitanos. Yo no lo vivía así, pero la oía a ella decir que estaba harta de limpiar mierda, que aquello estaba indecente... Y harta de los ruidos y de los malos tratos.

La casa nuestra tenía una puerta que daba a una especie de recibidor. A mano derecha estaban los bidones del agua y la fregadera, al fondo un pequeño ventanuco y en la parte izquierda había dos huecos, dos habitaciones, pequeñas las dos. Nada más. El ventanuco daba a la casa de atrás nuestro. Y abajo, frente a nosotros un huerto que era del señor Domingo, que vivía enfrente. Nosotros no teníamos huerto. En mi zona poca gente tenía animales; eran todos obreros.

El cubo a la cabeza

Había una carbonería a donde mi madre iba con sacos a coger el carbón mineral. El señor que la llevaba era el carbonero. Y mi madre me mandaba a mi también a coger el carbón con cubos, porque eran cocinas económicas, para calentar la casa y para cocinar. Recuerdo que levantaban con el gancho las dos arandelas, y se calentaba el agua allí.

Las mujeres iban a comprar al mercado de La Ribera los viernes o sábados. Regresaban cargadísimas de carne y de pescado para toda la semana. Las lecheras nos traían la leche desde Buia. Otras cosas se compraban en el momento en las tienditas del pueblo, aunque eran más caras.

Arturo era el tendero, que tenía dos hijos. Me acuerdo que te fiaban si no tenías dinero disponible. En Ollargan no había ni médicos ni farmacias ni estancos. Sólo había bares y esa tienda.

Las madres iban con el cubo en la cabeza cargadas de ropa a lavar al Txikoko, un riachuelo que todavía existe pero está cerrado su acceso; lo han privatizado. Allí había una fuente estupenda. Cuatro años tendría yo. A mí me llevaba de la mano mi madre y a otros niños también sus madres. Y allí jugábamos.

Con una tabla y sobre piedras restregaban. Y luego ponían las sábanas sobre el verde, a la solera. Eso lo recuerdo de mi madre. Pobrecitas, lo que han sufrido, no tenemos ni idea. En un encuentro, una vez, me dijeron, «¿tú dónde has vivido?». «Pues yo aquí al lado tuyo, querida». Les parecía que venía de las cavernas. No se hacían a la idea de que el *chabolismo* estaba también ahí al lado.

Recuerdo que tenía un anillo de oro con esmeralda roja, que me compraron. Todas llevábamos esos anillos, que eran típicos de esa época, aunque pasáramos necesidades. Y lo perdí en el río. Mi madre se llevó un disgusto



tremendo y me pegó una paliza. De las pocas veces que me ha dado una paliza gorda.

Había bastantes bichos. Había ratas y había *sagutxus* (ratones), mogollón. Yo dormía mucho con mi madre, porque mi padre le daba mucho al *drinqui* y mi madre aprovechaba para llevarme a la cama con ella. Me acuerdo que al lado de la cama, en la mesita, si dejaba alguna vez un poco de queso o alguna sobra, cuando me despertaba veía *sagutxus*. Les tengo una manía horrorosa.

Casi toda la gente tenía sus casitas en orden y bien higienizadas. Pero había muchos bichos y de hecho nosotros teníamos una gata que los controlaba... Había una especie de centro cívico en La Peña, más abajo de Ollargan, y los viernes y los sábados íbamos mi padre y yo allí a jugar a las cartas. Y recuerdo que la gata nos venía a buscar a la estación de Renfe.

La gente pasaba hambre, eran sueldos pequeños, costaba llegar a fin de mes. Mi gata tuvo gatitos, la vecina cogió los gatitos y uno de ellos era un poco más grande. Le dio a mi madre un día un plato para comer. Mi padre siempre, cuando comía le daba de comer al gato primero. El gato ese día no quiso comer y mi padre tampoco: si el gato no comía, él no comía. ¡Y es que la vecina había cocinado el hijo del gato grande! El gato, ¡fíjate qué instinto, que sabía que aquello era de su sangre y no lo comió! Esto me lo contaba mi madre. Yo lo comí, así que puedo decir que he comido gato.

Había puertas abiertas

En la parte de abajo había unos peldaños que iban a la Gran Vía. La Gran Vía dividía Ollargan en el Barrio Bajo y el Barrio Alto. Subiendo estas escaleras había casas a mano izquierda y alguna casa a mano derecha. Y en la Gran Vía, la calle central, estaba a un lado la iglesia y a otro las escuelas, donde hasta los doce años podías estudiar.

Había puertas abiertas. No estaban cerradas. Tenían una especie de pestillo que se levantaba con la mano. Y con esas cortinas que tienen como macarrones... Era una gozada. Eso ya no existe. La vecina de al lado tenía la puerta abierta. Yo iba a comer donde la vecina. Me decía, «tengo lentejas, ¿te gustan? Vente a comer».

Yo me relacionaba con tres vecinas de la derecha. A la izquierda teníamos unos gitanos y con ellos teníamos más problemas.

No teníamos tele. En el barrio nuevo, con la cooperativa, había un bar que se llamaba La Amistad, y todos los niños íbamos a ver la televisión a ese bar. Me acuerdo que ponían «Vamos a la cama, que hay que descansar...». El toque para avisar que tenías que volver a casa. Tendría once años.

Lo que teníamos era radio. Me acuerdo de una radio novela que se llamaba «Simplemente María». Y el consultorio de Elena Francis.

Las vecinas, las amas de casa, muchas iban a trabajar. Mi madre iba de interina. Igual yo llegaba a casa y no había nadie, y la vecina me echaba un ojo o bien yo me quedaba un rato con ella.

Las mujeres aguantando mecha

Los hombres trabajaban en la construcción y cuando venían de trabajar se iban al bar. La mayoría eran borrachos y las mujeres lidiando con el marido, con los hijos... Y aguantando mecha, que no sé cómo lo hacían, porque no eran uno o dos. Eran tres, cuatro, cinco... que se criaban en la calle. Y los hermanos ayudaban, claro. Mujeres muy valientes y muy sufridas, claro; aguantar allí toda la vida, mecha y mecha...

Mi madre se murió en el 2011 y mi padre en el 2009. Mi madre, una pobre desgraciada. Era una mujer culta que había trabajado de chacha en familias bien, sabía estar simpática, sonriente, amable... Mi padre era también un pobre desgraciado pero cabrón como él sólo, que le hizo pasar fatal a mi madre. Para él, todo estaba mal. «Esto no está bueno». Chillando, insultos, vejaciones... Cuando ella le daba mil vueltas en todo. De palos, una vez creo que la pegó, pero maltrato psicológico, constantemente.

Tenían vidas muy duras. Los dos tenían unos antecedentes terribles. Huérfanos los dos, cada uno de una manera. Mi madre una señora, mi padre un cabrón. Era un señor que no se relacionaba bien con nadie. Había estado bebiendo de joven y de mayor también bebiendo. Trabajando como un burro y bebiendo como un caballo. Y la mujer aguantando todo. Mi madre decidió no tener más hijos que una. Creo que ahí fue inteligente.

Ella siempre se había quejado de su marido y yo también estaba harta de mi padre. Cuando ella estaba en la residencia, ya de mayor, un día le pregunto,

«¿y tu marido...? Y me dice, «¿de qué marido me estás hablando?». Toda la vida hablando de su gran dolor, de su marido, hasta que ya se liberó. «No tengo marido».

Nos trataban con desprecio

Entonces decíamos «voy a mi casa». Mi casa. Yo vivía en una casa y para mí mi casa era estupenda. Yo no conocía otra cosa. A mi casa no le pasaba nada y la de la vecina también estaba bien. Yo tenía lo fundamental: una cama, una mesa, unas sillas, a mis padres... No sentía que me faltaba nada. Era lo que había y lo que todo el mundo tenía más o menos, entonces no sufría por ese contraste.

Mi madre era la que sufría. Yo no noté mucho el cambio al piso de la cooperativa. Ya cuando yo fui mayor, que conocí otras casas, y en el extranjero conocí mansiones, decía, «¡qué humildes vivimos!». Vivimos muy precarios, con lo justo. ¿Y qué? Es lo que hay y ya está. En ese aspecto no he tenido complejos.

En Ollargan nos relacionábamos poco con La Peña, porque nos despreciaban. Los de La Peña a los de Ollargan nos llamaban maquetos. No nos consideraban gente de bien⁹.

Cuando salimos de la escuela de Ollargan, con doce años, y hasta los catorce, nos pasamos al colegio Cervantes, que estaba en la calle Lersundi de Bilbao. Nos llevaban y traían en autobús. Me acuerdo que en la escuela no me dejaban llevar pantalones, porque estaba mal visto.

La directora se llamaba Esmeralda, nos mandaba a todas a leches. Para castigarnos nos ponía a limpiar las plantas de todo el pasillo, hoja a hoja. Y a la gente de Ollargan nos trataba como cabras del monte. Nos recibieron con ese desprecio, no éramos vistas como las niñas de Bilbao sino como gente que venía de un barrio de gitanos, de macarras... Y de emigrantes, claro.

Hacia nosotras tenían un comportamiento mucho más despectivo. Los profesoras decían que éramos asalvajadas, como cabras del monte. Y en el comedor, si nos portábamos mal nos pegaban en la cabeza con un plato. Y al final de los dos años de estudios resulta que éramos gente lista y obtuvimos unas notas estupendas en Graduado Social.

9] La Peña es un barrio situado entre los municipios de Arrigorriaga y Bilbao.

Empezaron a hablar de las chabolas

De otras zonas de Bilbao sólo venían los progresistas que querían catequizarnos y nos catequizaban. Gente concienciada. Eran comunistas la mayor parte, incluso *abertzales*¹⁰ y vivían también en una casa de *chabolismo*.

Me acuerdo que había tres chicos y luego Satur Abon, que había sido monja y llevaba a los chavales. Era una mujer rompedora. Ella pintaba... En aquella época, una señora que entraba en los bares y organizaba a los hombres ¡era muy raro! Fue toda una líder en el proceso de mejoras de vida para la gente del *chabolismo*. Me mandaba con catorce años a Rekalde a las reuniones de una escuela social, que yo no sé ni a lo que iba. Pero allí me iba de representante, a tomar nota para contarlo luego en la reunión del barrio.

De las chabolas salimos a la cooperativa de vivienda cuando yo tenía ocho o diez años. El cura del barrio, que era muy progresista para la época, creó una cooperativa y la gente que pudo, que tenía algo de dinero, se metió en la cooperativa para salir de la chabola.

Yo empecé a escuchar la palabra «chabola» cuando tenía trece o catorce años. Estábamos ya viviendo en los pisos y se creó la Asociación de Vecinos de Ollargan. En esos momentos de cambio social en que precisamente la gente estaba organizándose con el tema de las viviendas en los barrios, es cuando se empezaba a hablar de «las chabolas». «Las chabolas» de las que veníamos, y «los pisos» en los que estábamos ya.

De pequeña en Ollargan yo tenía un sentido de comunidad, de familia. No tenía una noción de lo que era el Ayuntamiento. Y allí en los pisos se planteaba, «no tenemos calles bien hechas, no tenemos alumbrado bueno...». Entonces empecé a ser consciente de todo lo que faltaba.

En el barrio nuevo, donde la cooperativa, estábamos doscientas familias que veníamos de las chabolas. Otras familias de Ollargan en el plazo de uno o dos años también se organizaron para hacer una ocupación. Había unas casas vacías en Txurdinaga que estaban destinadas a policías e hicimos una ocupación de estas casas. El Ayuntamiento tragó y de hecho las casas de la parte de abajo de Txurdinaga son todas de gente de Ollargan.

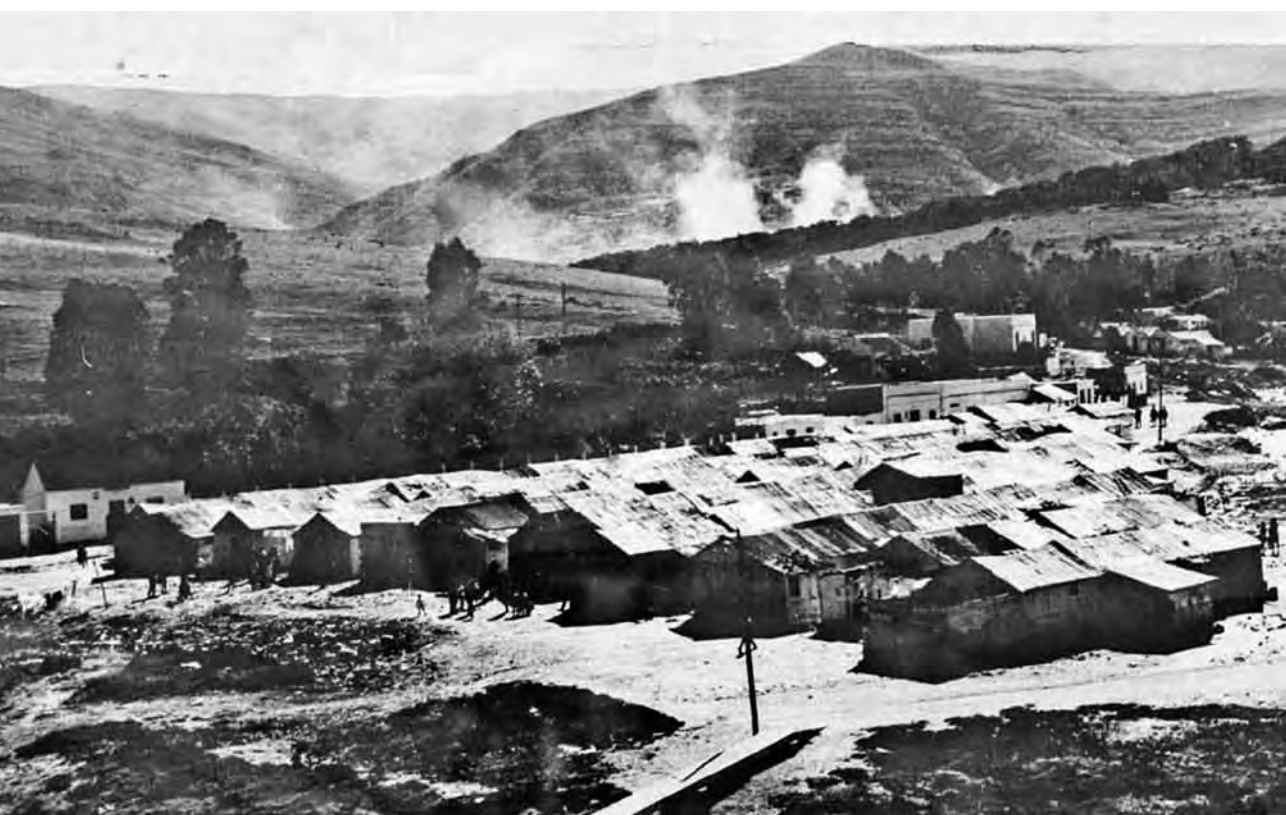
10] Nacionalistas.



Aquello fue un movimiento de ocupación con mucho éxito y mucha fuerza por la gente obrera que estábamos allí. Unas casas se desalojaban y en otras, al lado, seguía viviendo gente más pobre que nosotros. En algunas casas que quedaban libres se metieron los portugueses, los pobres pobres de aquella época, y otras se quedaron vacías.

Después se tiraron las chabolas. Ya ni hay casas en la zona de abajo. Hoy en día casi todo Ollargan es el parque y la otra parte está medio abandonada, escondida entre arbustos.

I
BARRACAS Y CHOZAS
EN ALGECIRAS Y SAN ROQUE



Barriada en el Llano de la Junquera (Algeciras). Década de los 50.



El Campo Chico, detrás del cuartel de Infantería. Algeciras.



Niñas y niños de El Rinconcillo (Algeciras) posan delante de sus casas. Año 1968.



Una mujer junto a su hija y a un perro, en la puerta de su barraca. Campamento, arenal del Río Cachón. Años 50.



Un grupo de mujeres y de niños, y un perro, delante de sus barracas. Una de ellas está embarazada. Campamento, arenal en el Río Cachón. Años 50-60.



Mujeres y niños ante una choza de junco en la Estación de San Roque. Nótese que la casa tiene dos puertas enfrentadas.



Calle del Río, en la Estación de San Roque. Las chozas son de junco y barro con paredes encaladas. Hay varias personas y un perro. En el centro de la calle, un surco canaliza las aguas negras.



Dos barracas en San Roque. Varias niñas y niños posan ante una de las barracas. Una de las niñas sostiene en brazos a un niño menor que ella. Años 60.

«Las mujeres iban al patio, y los niños y los hombres, y escuchaban las charlas del Socorro Rojo. Después hacían una recogida.

Cuando saltó la guerra se llevaron a todas las mujeres que dieron dinero y no las trajeron más».

RAFAEL LÓPEZ



Familia posando sonriente delante de una choza de junco. Campamento.
Años 60-70.

2

GUILLERMO PÉREZ, RAFAEL LÓPEZ Y MARÍA LÓPEZ. GRUPO «SAN FELIPE»

Conocí a Guillermo Pérez, de Aldepama, Asociación Linense en Defensa del Patrimonio y del Medio Ambiente, a finales de mayo de 2013. Fue en un acto del Frente Cívico «Somos Mayoría» en Algeciras, en el que participó Julio Anguita. Guillermo, sentado unas filas de butacas detrás de mí, intervino en el coloquio para citar mi libro «Camino de Gibraltar». Al final del acto me acerqué a él y entablamos conversación. Desde entonces nos hemos mantenido en contacto por teléfono y por correo electrónico.

Cuando Guillermo supo que estaba recogiendo experiencias sobre la vida en las barracas, me propuso entrevistar a unos vecinos suyos, Rafael López (nacido en 1921) y María López (nacida en 1948), hija de Rafael. Pocos días después me invitó a comer y me acompañó a casa de Rafael y María, en la Avenida 20 de abril de 1982¹¹, en el polígono San Felipe.

Rafael López tenía mucho interés en contarme sobre sus familiares desaparecidos. Éste no era el objetivo primario de mi entrevista, pero le escuché atentamente y le grabé. Respetaría sus prioridades en el relato autobiográfico. A fin de cuentas, en La Línea las barracas y los patios son el espacio de habitación y de relaciones sociales en que se ejerció la represión franquista a las ideas.

11] La apertura de la verja en la frontera de Gibraltar para el paso de peatones se anunció para el 20 de abril de 1982. De hecho se abrió más tarde, debido a la guerra de las Islas Malvinas.

Contenidos:

Al olor de la frontera

Con cuatro palos y cuatro latas

Echábamos las basuras al mar

Otra gente las ocupaba de nuevo

Se llevaron a todas las mujeres

Nos fuimos para Gibraltar

Éramos mayores cuando nos enteramos



Guillermo Pérez.



María López.



Rafael López.

Al olor de la frontera

GUILLERMO PÉREZ:

A mi abuelo materno se le pierde el rastro viviendo en Campamento. La familia de mi abuela materna era de la provincia de Málaga. Muchos parientes de ellos emigraron a Argentina. Mi abuela paterna era de Palmones y el marido era de Algeciras. Yo llegué aquí porque este abuelo entró a trabajar en Gibraltar.

MARÍA LÓPEZ:

El padre de mi madre era de Motril y mi abuela era de Almuñecar. No era gente criada aquí. Eran pescadores. Mi madre siempre decía que mi abuelo desde que tenía cinco o seis años estaba sacando grava de los ríos. Y mi abuelo contaba que vino andando desde Motril. La gente venía mucho *al olor de la frontera*. Ellos se vinieron aquí a La Línea como se venía todo el mundo: *al olor de Gibraltar*¹².

GUILLERMO PÉREZ:

Se hablaba de Gibraltar y además se conocía Gibraltar, porque de Gibraltar salían para acá el café y el tabaco, y pensaban, ¡aquello es Jauja! Muchos trabajaban en Gibraltar y la gente que no trabajaba en Gibraltar comía todos los días con el trapicheo de la frontera.

MARÍA LÓPEZ:

Y ahora vemos qué pasa con los cartones de tabaco, que muchos es su forma de comer cada día, y antes era igual, se llevaban la leche, el azúcar...

12] «*Al olor de la frontera*» y «*al olor de Gibraltar*» son dos expresiones muy extendidas en la comarca.

RAFAEL LÓPEZ:

En aquellos tiempos, de Gibraltar es de donde podían traer pan y podían traer cuatro *mandaos* o cuatro cosas¹³. Yo estaba en la escuela con mis hermanos. Y cuando llegaba la tarde cogía mi madre, que en paz descansa, y me decía, «vamos a ir a Gibraltar». Ella traía los *mandaos* y traía unas cuantas cajas de cigarrillos ingleses.

Y yo me acuerdo que yo me lo ponía en el calcetín, aquí detrás, me ponía diez cigarros en el pantaloncillo corto, muy bien puestecito. Yo pasaba y me saludaba el carabinero. Yo nada más que llevaba diez cigarros en un lado y diez cigarros en el otro lado de la pierna. Daba tres o cuatro viajes con mi madre y lo dejaba allí en el bar La Campana, donde estaba la barbería que había en la esquina de la calle Carboneros. Ahí se hacía el trapiqueo de la gente, por eso estaba siempre lleno. Hoy es un establecimiento grande.

GUILLERMO PÉREZ:

También hubo gente que vino por esta zona después de la guerra, huyendo del odio en el pueblo. Había unas brigadas por la serranía¹⁴. Máximo López, que tenía una tienda de comestibles en Campamento, se vino porque no podía vivir en su pueblo. Este hombre me contó a mí su historia siendo yo mayor. Tiempo antes, cuando yo iba a comprarle, yo no sabía nada. Me lo encontré en una reunión de la CNT: «¡Máximo, yo no me esperaba que...!». La gente ocultaba todo lo que podía.

Y la miseria que había por ahí... ¡Había gente que trabajaba en un cortijo e iban cada quince días a cambiarse de ropa y comían un pedazo de pan y tocino!

Yo nací en Campamento y he visto personas caerse desmayadas en la calle de hambre. «Llévale un café calentito, que se ha desmayado». Porque la gente venía en aluvión *al olor de Gibraltar*.

13] Un *mandao* es un encargo. En esta comarca cuando se dice «*los mandaos*» se refieren a un conjunto de productos que se traían de Gibraltar (café, tabaco, azúcar...) para revenderlos y sacar ingresos extras.

14] Se refiere a los maquis o agrupaciones guerrilleras antifranquistas.



Con cuatro palos y cuatro latas

MARÍA LÓPEZ:

Todo esto era campo libre y la gente se ponía donde le parecía.

Nosotros vivíamos en el patio Cabo Guardia y enfrente de nosotros estaba el callejón de los Gitanos, un callejoncillo estrecho que daba a la playa. Y en ese llano había barracas. En la calle Galileo terminaban las casas de mampostería y empezaban las barracas. Desde ahí para adentro, a unos cien metros de la calle nuestra, eran barracas.

Las casas de mampostería valían muy poco, pero la gente no tenía dinero para comprar una casa de mampostería. Nosotros hemos ido al puerto de Puente Mayorga a bañarnos, y puedo decir que Puente Mayorga también han sido siempre chabolas.

RAFAEL LÓPEZ:

Nací el 19 de noviembre de 1921 cerca del patio de los Huesos, en la calle Vázquez Mella, en el patio de Juan Rojas. Allí vivíamos mis padres y nosotros cuatro. Era un patio con bastantes vecinos. La mitad del patio era de arena y enfrente estaban los gallineros para quien quería tener gallinas. Nosotros teníamos un gallinero.

La casa tenía su cocina, que era chica, y dos habitaciones, una para los niños y otra para mi madre y mi padre. Se cocinaba con un *anafe* de carbón¹⁵.

En El Conchal había cientos y cientos de barracas de madera, cada una hecha a su forma. Incluso por el centro había alguna barraca que era un establecimiento, donde despachaban bebidas y todo. Era una tienda, pero era una barraca.

GUILLERMO PÉREZ:

Había muchos patios de vecinos en La Línea. La principal vivienda social de La Línea era el patio de vecinos. Aquí se instalaba cualquiera: traían cuatro palos de Gibraltar y cuatro latas... Ya después les iban poniendo madera.

15] Un anafe es un hornillo de barro cocido o de metal. Está pensado para contener las brasas que calientan la olla y es transportable.

En Campamento, donde me crié, había viviendas residenciales de gibraltareños. Las mismas viviendas que hay ahora, pero ya no son de los mismos. Y casi todo lo demás eran chabolas.

Primero vivíamos en una casa de mampostería que era propiedad de mi suegro, en la calle Claudio Coello. Y después he vivido muchos años en la parte de Levante, en lo último que da a todo a la playa, que lo llaman El Castillo de España. Allí han nacido mis cuatro hijos, tres hembras y un varón.

MARÍA LÓPEZ:

Yo he vivido en El Castillo. Cuando era más mayor me daba vergüenza decir que vivía en El Castillo. De chica no. Y hoy una piensa, la gente tan buena y la gente tan normal que había en El Castillo. Porque había de todo, ¡pero era como si vivieras tú en un sitio malo!

En El Conchal vivían muchos gitanos. Yo me acuerdo que en El Conchal vivía Jacinta, la tía de mi tía María. Vivían ahí y son gente estupenda, maravillosa, trabajadora ¡y de todo! Y cuando iba yo tenía que ir acompañada con mi prima Isabelita, mi prima Maruja... Decía mi madre, «ten cuidado, que hay muchos maleantes».

Echábamos las basuras a la mar

MARÍA LÓPEZ:

Los que vivíamos más cerca de la mar era más fácil echar las basuras a la mar. Ahora te encuentras un alga, pero antes eran todas las cacas del mundo: te ibas a bañar y estaba la caca por medio.

RAFAEL LÓPEZ:

Si era viento de Poniente se iba toda la porquería mar adentro, pero si era Levante, que viene de la playa para acá, se quedaban todas las porquerías allí.

MARÍA LÓPEZ:

Detrás de nuestra casa había un *vacie*, que era un pozo negro, o sea, un agujero en la arena. Y por detrás de la calle Jardines había otro *vacie*, ¡que la gente



echaba todo! Y en la calle Galileo había otro. Al tirar el cubo de agua al *vacie* salía una *parvá* de moscas¹⁶.

GUILLERMO PÉREZ:

No había servicio municipal de recogida de basuras. Había gente de los huertos que la recogía. ¡No llega ese servicio hasta los años sesenta y tantos! El Malageño es el que coge la primera contratación del servicio de basuras.

Otra gente las ocupaba de nuevo

GUILLERMO PÉREZ:

El alcantarillado se empezó a hacer aquí en el año cincuenta y tantos. Con el cierre de la frontera de Gibraltar se empeñaron en erradicar el *chabolismo*, para dar buena imagen. Hasta que no se hacen los barrios nuevos no se urbaniza. Y se hace en esa época también la Ciudad Deportiva y el Parque Princesa Sofía.

En el 69 expropiaron al que tenía propiedad, echaron a la gente de las barracas de El Conchal y las metieron en la nueva barriada de El Junquillo. Algunos los cambiaron a Las Cuatro Plantas (las 1.045 viviendas de El Junquillo) y a Las Torres.

MARÍA LÓPEZ:

En el año cincuenta y tantos empieza el *boom* de viviendas sociales de La Línea. Primero fueron las casas bajas de La Atunara y las que están enfrente de San Bernardo, que eran de una planta. Eso es la primera vivienda social. Y luego se hacen los pisos de San Bernardo que ocuparon la gente cuando se salió la mar.

En La Línea se salió dos veces la mar. En 1963 el agua llegó más allá del cine Trimope y entró en casa de mi abuela. Yo era chica y recuerdo que la mayoría de la gente de las barracas se pasó a los pisos de San Bernardo, que no los habían adjudicado aún.

16] La palabra *vacie*, muy empleada en La Línea, equivale a pozo negro. No aparece en el diccionario de la Real Academia con este significado. Es de destacar que en Sevilla hay un poblado de chabolas llamado «El Vacie». *Parvá* significa multitud.

Gente de nuestra familia como la Jacinta, Maruja, la Pepa... primas hermanas de mi tía María que vivían en las barracas de El Conchal, se metieron en esos pisos. Aunque las quisieron echar, como las barracas se habían mojado y eran todas de madera, muchos no podían volver.

Se llevaron a todas las mujeres

RAFAEL LÓPEZ:

Cuando la guerra de España, vinieron por la calle llevándose a todas las mujeres. Y se llevaron a mi madre y ya no la pudimos ver más. Se llamaba María Reyes Ramos. Había nacido hacia 1900. Cuando la mataron tenía treinta y siete años y yo tenía catorce años.

Nosotros, lo único que sabemos es que a casa de mi familiar venían y daban mítines la gente del Socorro Rojo. En el patio donde mi madre vivía, que era de propiedad, había una casita con una habitación y una cocinita, que era el único inquilino y allí era donde se daban las charlas del Socorro Rojo¹⁷.

Las mujeres iban allí, y los niños y los hombres y todos. Entraban allí en el patio y escuchaban la charla que daban. Después hacían una recogida, y uno daba una gorda, otro daba una chica, otro daba un real...¹⁸ Y ahí habría alguno que tomó el nombre de todas las mujeres, creo yo que sería asío después lo irían preguntando. Total que cuando saltó la guerra vinieron cogiendo a todas las mujeres que dieron dinero y se las llevaron y no las trajeron más; las mujeres embarazadas y todo.

Fueron a mi casa, al patio de Juan Rojas, «¡María, que vienen preguntando por tu nombre! ¡Corre... Coge por ahí abajo, métete por el Patio de Los Huesos y vete al Castillo de España!». En casa de mi madrina, que era la que nos bautizaba. Y ella dice, «Yo, ¿por qué me voy a ir si no he hecho nada? ¡Yo no me voy de mi casa!». Y se quedó allí.

Y lo mismo que se quedó ella se quedaron todas por las que venían preguntando y se las llevaron todas. Por los maridos no preguntaron, nada más que por las mujeres.

17] El Socorro Rojo Internacional fue organizado por la Internacional Comunista en 1922 y se disolvió oficialmente en 1942. Dirigió campañas de apoyo a prisioneros comunistas y dio ayuda material y humanitaria en situaciones específicas.

18] Una gorda es una moneda de diez céntimos de peseta, una chica se llamaba a la de cinco céntimos, y un real a la de veinticinco céntimos.



Se llevaron también a mi tía Juana, que había venido de Tánger. Ella había alquilado una habitación enfrente, porque había venido a pasar las vacaciones. Entonces volvieron con mi tía Juana y a cambio se llevaron a Pilar.

MARÍA LÓPEZ:

Mi madre sabía todo eso muy bien y lo contaba muy bien. Su tía Juana vino de vacaciones. A la mujer la detienen y se la llevan con mi abuela, porque había alquilado una habitación en el patio de enfrente.

Y el marido, Antonio, que estaba en Tánger, vino, presentó sus pasaportes y la reclamó. Le dijeron que si quería que la dejaran libre la tenían que cambiar por otra persona, ¿y quién fue? Su hermana Pilar, que estaba soltera con veinticinco años.

Ella, pensando que no había hecho nada, porque era gente analfabeta que no sabía escribir ni entendían de nada, dijo, «yo me voy por mi hermana, que tiene niños (tenía tres o cuatro niños ya), hasta que nos dejen libres». La soltera se cambió por la casada. A mi tía Pilar la mataron a finales de septiembre o primeros de octubre del año 36.

RAFAEL LÓPEZ:

Mi padre preguntó por todos lados. Y entonces le dijeron a mi padre que las habían llevado al cementerio de San Roque y las habían fusilado a todas. Eso es lo que mi padre me dijo a mí.

MARÍA LÓPEZ:

Mi abuela estaba detenida en el Círculo Mercantil, que en esos años fue habilitado como centro de detención y torturas. Fueron a llevarle el desayuno ahí y les dijeron, «no, a sus hijas se las han llevado a la prisión de San Roque». Y les dieron unos pendientes que mi madre siempre decía que tenía mi tía Pilar puestos. «Es que allí no puede llevar...».

Entonces fueron a buscarla y ya...

RAFAEL LÓPEZ:

Los falangistas, los *requetés* y la gente esa nueva que salieron entraban por las calles; y los moros. Dejaban las tiendas donde comprábamos vacías y se lo llevaban todo.

A Juan Sánchez, que tenía una tienda y una habitación en Vázquez de Mella, a continuación de la casa de los dueños del patio, donde daba los muebles a *ditas* (a plazos, que antes se compraba mucho así), le dejaron la tienda vacía dos o tres veces. Y después se lo llevaron y ya no lo trajeron más.

También lo mataron. Y no podías reclamar.

Nos fuimos para Gibraltar

RAFAEL LÓPEZ:

Entonces nos fuimos para Gibraltar. Los muebles de la casa los metieron en una cochera. Paquillo el del Huerto, con el carro de la fruta que entraba en Gibraltar, me metió a mí como un ayudante y ya me quedé en Gibraltar. Después pasaron mis hermanos, mis hermanas y todos. Más tarde nos fuimos para Tánger y en Tánger estuvimos una pila de años.

Eso acabó con la familia. Porque mira, mi abuelo era zapatero, que tenía una zapatería en la calle Cádiz. Él y mi abuela se fueron *para adelante* en nada de tiempo.

MARÍA LÓPEZ:

Y el novio de mi tía Pilar la que mataron se hizo novio de mi tía María López, que era la única hermana que quedaba, la mayor. Como ese hombre se quedó ahí y se iba siempre con la abuela de ellos, se casó y fue su marido. Y se fue a Tánger con ellos.

GUILLERMO PÉREZ:

Mi abuela paterna y la hermana, con mis tíos Francisco, Isabel y todos, se fueron para Gibraltar. Se quedaron a vivir en Gibraltar en casa del jefe y como Francisco estaba en edad escolar estudió allí. Y mi padre, que tenía novia, se fueron los dos a Tánger. Mi tío Aurelio se alistó en la *zona roja*.

Mi padre vino después de la guerra y lo metieron en prisión. Yo recuerdo de niño haber ido a ver a mi padre a la cárcel de San Roque. Aquello me horrorizaba a mí; aquellas rejas donde los hombres se agarraban... Y esa prisión después fue una casa de monjas, de ejercicios espirituales, ¡hay que ver!

RAFAEL LÓPEZ:

Allí en Gibraltar parábamos en un patio grande cerca del castillo, que entonces era la prisión de Gibraltar. Todas las noches íbamos los chavales corriendo, poníamos las orejas en la puerta que da para el castillo y escuchábamos los tiros a los que estaban matando aquí en el cementerio. ¡Porque aquí han matado a cientos y cientos!

Hasta que ya me fui a la mili; *me hice un hombre*. Y después de hacer la mili me vine a La Línea y me hice novio de la hija de mi madrina. Y fui a sacar el *pase* para entrar en Gibraltar a trabajar¹⁹. Y me dicen, «¿dice usted que es de La Línea? ¿Y ya terminó el servicio militar? Pues tiene usted que ir a Ceuta y cambiar la licencia militar, que le pongan que es de La Línea».

Y eché tres días en ir a Tánger, y de Tánger me fui para Ceuta y de Ceuta otra vez para La Línea. Me presenté allí con eso y ya me dieron *el pase*. Yo tenía una carta de la fábrica de fideos de Gibraltar y ya entré a trabajar allí. Tuve varios trabajos allí: en una fábrica de tabaco y, en fin...

Mi trabajo a última hora fue el que más me gustó, que lo cogí allí en La Alameda Gardens, los Jardines del Gobernador. Allí me hicieron *gardener*, que es jardinero. Me llevé una pila de tiempo. Me fueron subiendo desde peón hasta que llegué a jardinero. Después *cerraron* Gibraltar, porque Franco lo que quería era *cerrar* Gibraltar.

Éramos mayores cuando nos enteramos

MARÍA LÓPEZ:

Las mataron a las dos, a la madre y a la hija soltera que ni vivía en ese patio ni sabía nada, ni entendía nada. Y mi abuela tampoco sabía nada. Mi madre siempre decía que mi abuela no estaba metida en política, ni mi abuelo era de política, ni ellos entendían. Tendrían a lo mejor sus preferencias, como todo el mundo tiene. Siempre decía, «a tu abuela la mataron por dar una limosna al Socorro Rojo».

19] «Sacar el pase» o «Arreglar el pase» significa obtener el permiso para acceder a diario a Gibraltar. A partir de agosto de 1936 se exigía un documento para entrar y salir de Gibraltar durante el día, que duraba seis meses y se gestionaba en la Delegación de Fronteras española. Con este documento se gestionaba el permiso para trabajar en Gibraltar.



RAFAEL LÓPEZ:

Mi tía Antonia y mi abuela corrieron toda Andalucía buscando... Y nosotros, ¿cómo vamos a poder encontrarlas?

MARÍA LÓPEZ:

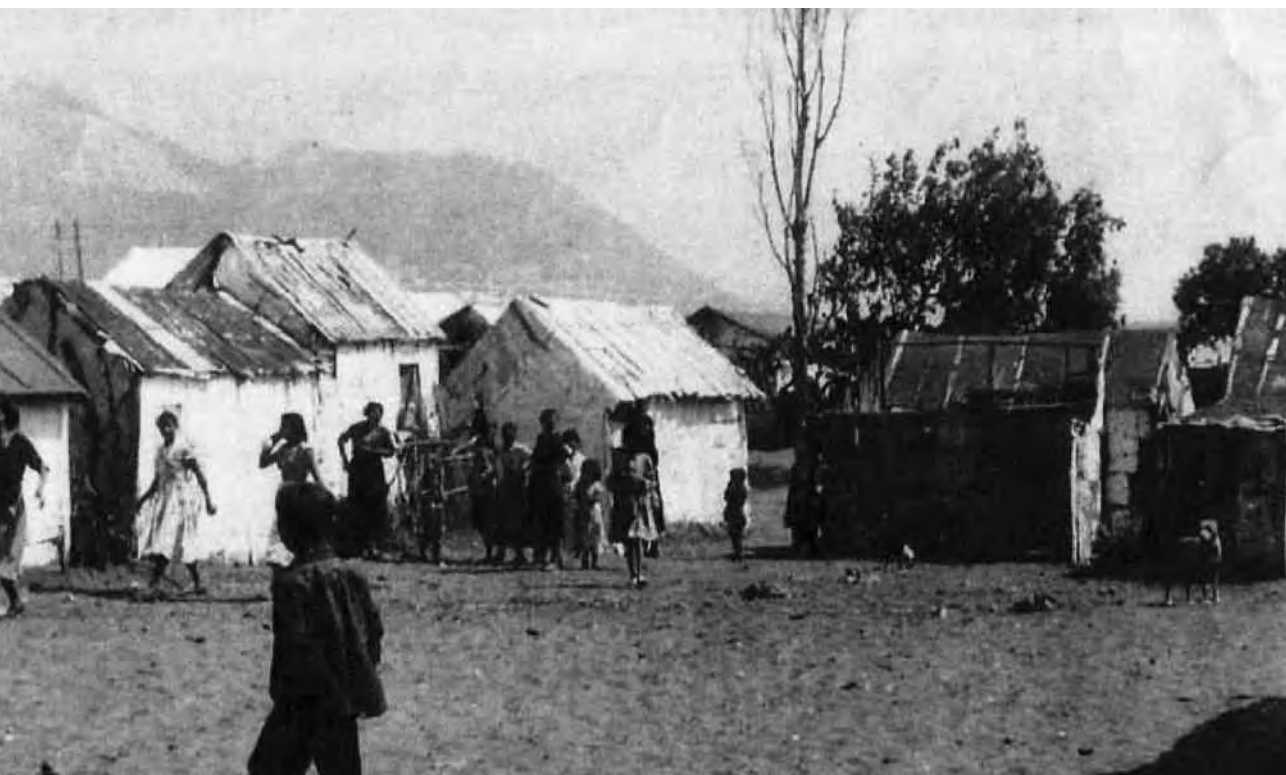
Yo siempre le he preguntado mucho a mi madre. Por eso yo sé cosas. Mi madre sabía todo, pero no se podía hablar... Bueno, nosotros ya éramos mayores cuando nos enteramos que a mi abuela la habían matado.

GUILLERMO PÉREZ:

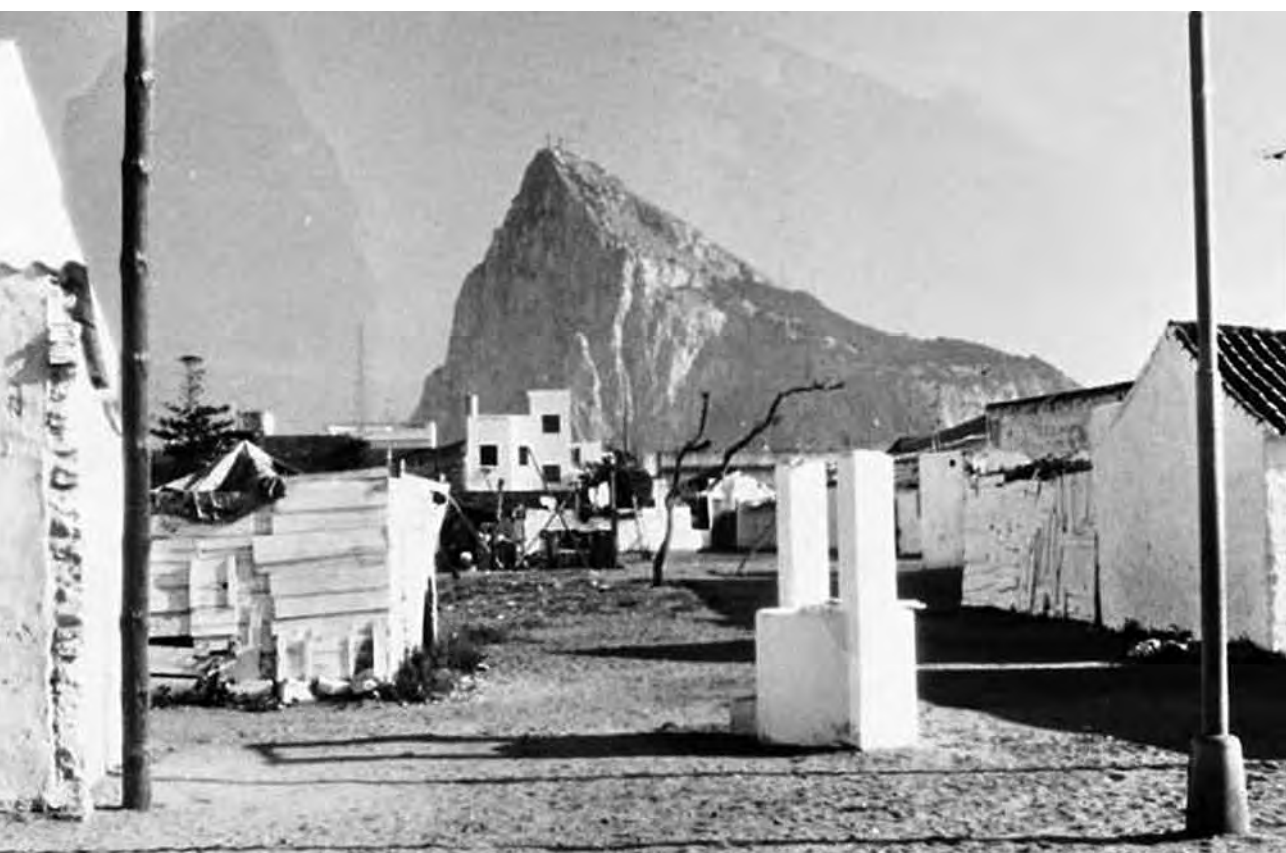
¡Es que había un miedo metido en el cuerpo...!

II

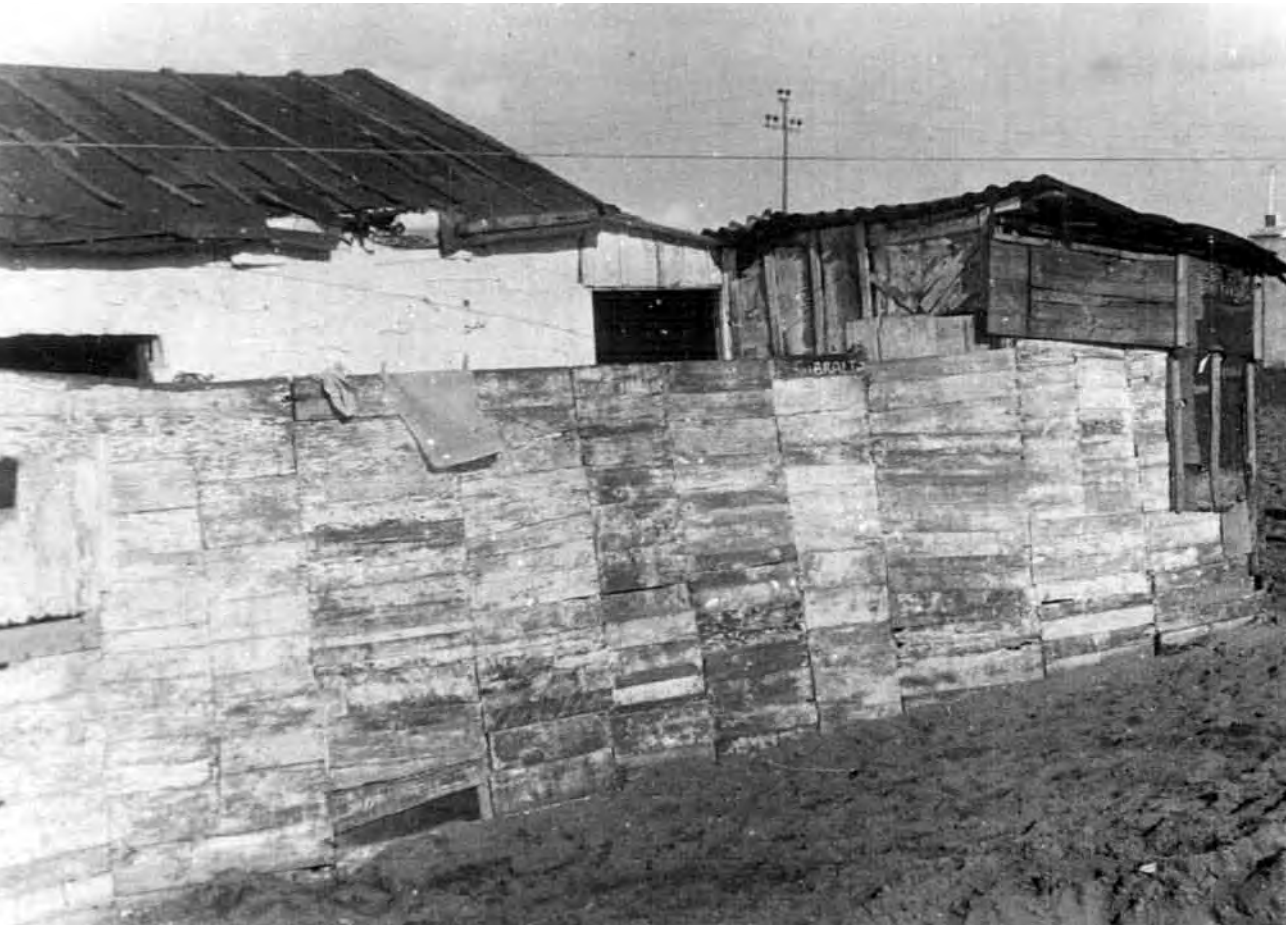
BARRACAS EN LA LÍNEA: EL CONCHAL, EL CASTILLO Y CERCANÍAS



Un grupo de mujeres en la barriada de El Conchal (La Línea). Años 50-60. Al fondo se reconoce la silueta de Gibraltar.



El Conchal (La Línea). Años 60-70. En medio de la calle, un pozo encalado. Al fondo, Gibraltar.



Calle Espronceda número 20 (La Línea). Vivienda de Manuel Perea Gómez.



Calle Espronceda (La Línea). Fachada de la vivienda de Manuel Pérez Lorente.
En la puerta, un cubo, un barreño y una tabla para lavar la ropa.



El Castillo de España (La Línea). Niños y niñas de diversas edades posan junto a algunas personas adultas.

«Como no conocíamos otra cosa no la echábamos de menos.

Hoy *tuviéramos* que volver a eso se nos caería el mundo».

QUICA ROJAS



Patio de la familia de los Tagarninas (les decían así porque la abuela iba a recoger unos cardillos llamados *tagarninas*), en La Colonia, en el año 1949. Esta foto la hizo un fotógrafo ambulante que entró en el patio. Empezando desde la izquierda están: Mercedes la Tagarnina, Maruja Gil embarazada de su hijo Pepe, su hija Beli delante y junto a ella su hermano Manolo Gil (de la edad de su hija). A la izquierda de Beli, dos nietos del patio. Junto a Maruja, dos hermanas de la Tagarnina, luego el novio de su hermana Rafaela y ella, con Paco el Tagarnino (hijo de Mercedes) delante. Le sigue una vecina del patio, Antonio el Tagarnino, la madre de los Tagarninos, Hortensia Gil, su madre, delante de ella su hermano Pepe y luego su hermana África. Detrás de África, a la derecha, una vecina llamada Dolores.

3

PEPA ROJAS, PEPA SARMIENTO, ÁNGELES HENARES, ESPERANZA CAMPOS, QUICA ROJAS Y HORTENSIA GIL. GRUPO «LA CÁTEDRA»

La Cátedra era un centro social que cubría un importante vacío de apoyo social y cultural en la barriada de El Junquillo. Años atrás habíamos formado un grupo de trabajo en este centro para recoger historias de vida en profundidad. Conocía a su directora, Maribel Cátedra, y tenía confianza con ella. Me presenté en el centro sin avisar previamente. Acordamos intentar convocar un grupo en la misma mañana, entre mujeres que están en los talleres y otras a quienes llama por teléfono.

Participan seis mujeres:

- Josefa (Pepa) Rojas Melgar, nacida en Los Barrios en 1943.
- Pepa Sarmiento Calvo, nacida en Los Barrios en 1935.
- Ángeles Henares Bracho, nacida en La Línea en 1943.
- Mercedes (Esperanza) Campos Marcenaro, nacida en La Línea en 1942.
- Francisca (Quica) Rojas Olmo, nacida en Alcalá de los Gazules en 1943.
- Hortensia Gil Lozano, nacida en Ceuta en 1936.

Les explico sobre mi forma de trabajar y les hablo de mi compromiso de devolverles los resultados. Una presentación similar hago en los otros grupos. La dinámica de la entrevista es muy abierta. A medida que se suman al grupo, les pido un pequeño hilo de vida y me detengo cuando mencionan sus viviendas. Si viene al caso pregunto a todo el grupo.

Algunas hacen conversación entre ellas. Otras respetan más la dinámica propuesta y piden silencio. El interés de la historia de Quica hace que sus compañeras participen haciéndole preguntas de forma espontánea. No puedo pedir más de un encuentro improvisado.



Contenidos:

PEPA ROJAS

Iba a Gibraltar con mi madre
Todos los niños en la misma cama
Una hornilla de carbón y un soplillo de palma

PEPA SARMIENTO

Todos vivíamos igual
Cada año una nueva choza
Un agujero en la arena

ÁNGELES HENARES

Nos cobraban muy poco

ESPERANZA CAMPOS

Una casa con luz y alcantarillado
Ella con ocho hijos y su marido preso

QUICA ROJAS

Piedra por las paredes y techo de rama
Buscando una vida mejor
En cada obra hacía una chocita
Me ha faltado lo principal

HORTENSIA GIL

Cayó una bomba en La Colonia
Todo muy limpito y barridito



Pepa Rojas.



Pepa Sarmiento.



Ángeles Henares.



Esperanza Campos.



Quica Rojas.



Hortensia Gil.

PEPA ROJAS

Iba a Gibraltar con mi madre

Me llamo Josefa Rojas Melgar y nací en Los Barrios en 1943. Tengo una hermana viva. Mis padres y mis abuelos eran de Los Barrios. Entonces era todo campo. Yo he vivido en una casa que todavía existe. Tenía tres habitaciones, una cocina con techo de chapa y un patio. Los muros eran de piedra. Por fuera las habitaciones estaban encaladas y tenían techo de teja a dos aguas. Nuestra cama era de hierro y la de mi madre de madera.

Donde yo viví eran casas. Detrás había otra tanda de casas, y luego estaba el Huerto de Los Piquique, que era todo campo y río. Una tía de mi madre vivía en una choza en el río. Nosotros éramos críos e íbamos a jugar allí.

Mi padre estuvo nueve años *por ahí*. Yo nací después de venir mi padre de la guerra; me llevo nueve años con una hermana y siete años con otra. Mi padre estuvo preso en la parte de Cartagena, porque era *del lado contrario*. Mi hermana con nueve años me ha cuidado a mí, porque mi padre estaba *por ahí*²⁰. Yo conozco muchas cosas por mi hermana la mayor, la que vive.

Yo recuerdo cuando era chica que iba a Gibraltar con mi madre, que trabajaba allí. Ella servía en casa de los Russo, que tenían fábricas de tabaco. Estaba con la mujer de uno de ellos. Venía de Los Barrios a Gibraltar andando por el Puente Mayorga y por la vereda de Guadarranque.

Después de trabajar en Gibraltar llevaba *mandaos* para venderlos en Los Barrios. Una vez la cogió la Guardia Civil y la metieron en la cárcel. Yo no había nacido, lo sé por mis hermanas. *Ahora*, recuerdo una vez que fui a ver a mi madre al Ayuntamiento, a una habitación que era una cárcel; un retén. Yo era muy chica.

A mis hermanas Cándida y Manolí a diario les ponían los géneros en la cintura y las traían de La Línea a Los Barrios con mi madre. Andando de madrugada por todos los montes. Ni había carreteras ni nada.

Todos los niños en la misma cama

Hacia 1952 nos fuimos a La Línea porque la hermana de mi padre, que era viuda con siete hijos, se había venido. Yo tenía siete años. Mi padre se

20] «Del lado contrario», eufemismo, se refiere a una ideología de izquierdas, contraria a la franquista. «Por ahí» significa que estaba lejos de la familia por motivos políticos: huido, en prisión o en campo de concentración.



empleó en Gibraltar en una tienda de comestibles de su tío, que estaba refugiado allí, y nos vinimos con él.

Mi tío tenía una tienda de los Russo. Mi padre trabajó con él, hasta que mi tío murió y la tienda la cogió un compañero de mi padre; las cosas que pasaban antes. Y él se fue a trabajar a la fábrica de tabaco de los Russo.

Mi madre seguía trabajando en Gibraltar y mi tía también. Ella murió en 1960. Ya en ese tiempo no trabajaba en Gibraltar.

Como no teníamos casa, en casa de mi tía, que era de mampostería y con azotea, vivíamos dos familias. Tenía una salita, una habitación y la cocina. Los niños dormíamos todos en una cama de hierro, unos para arriba y otros para abajo, contrapeados. No sé cómo nos apañábamos, pero así lo recuerdo. El *patinito* era muy bajo, tanto que nos robaron y nos quitaron toda la ropa. Y para hacer las necesidades... Pero vamos, yo he vivido bien.

Cuando yo era pequeña íbamos a visitar a una tía de mi madre que vivía en barracas en La Colonia. Yo no lo veía bien, vivir en esa *berraca*.

Una hornilla de carbón y un soplillo de palma

Al poco tiempo encontramos una casa en López de Ayala, y allí estuvimos hasta que a mi hermana le hicieron casa en Las Cuatro Plantas (en El Junquillo). Una tía de mi padre nos alquiló la casa.

Se cocinaba con carbón en una hornilla de mampostería, y con un soplillo de palma. El humo salía por la ventana, que miraba al patio. Murió mi tía y nos quedamos nosotros con la casa. Donde estaba la cocina, mi madre hizo un comedor. En el *patinito* puso un techo para hacer una cocineta, con una hornilla de carbón de losetas y el hueco lateral por donde soplábamos.

Hacia 1955 tuvimos una hornilla de *gas* con cuatro patas, su taponcito y los boquetes por donde salían las llamas. Íbamos a la cola de la carbonería en la calle San Pedro, donde también vendía el petróleo por litros. Eso fue de lo más moderno para nosotros²¹.

El *picón* lo usábamos para el brasero. Lo poníamos debajo de la mesa y la mesa se cubría con un paño. Eso se ha tenido hasta no hace mucho tiempo.

21] En la zona, al petróleo o queroseno se le llama gas.

En Londres, donde fuimos hacia 1967, después de casarnos, he usado yo una estufa de *gas*. Iba a la gasolinera a comprarlo.

Para lavar los platos era «ermita» (gas ciudad). Eso era para todos los vecinos. En el *basement* (sótano) estaban los contadores del gas. Una habitación y cocina, nada más tenía yo. En 1972 me vine de Londres. El tío de mi padre, que vivía en Gibraltar, también tenía ese gas que llegaba por tuberías.

PEPA SARMIENTO

Todos vivíamos igual

Me llamo Pepa Sarmiento Calvo y nací en 1935 en Los Barrios. Vivíamos por afuera del pueblo en una choza de piedra. Era una sola habitación con paredes de piedra y techado de unos juncos que crecían cerca, en La Angostura, como llamábamos a esa parte del río Palmones.

Se cocinaba en un lado y en otro dormíamos, con un colchón en el suelo. No había chimenea. El humo salía por la puerta, que siempre estaba abierta. Como éramos chicos, siempre teníamos la puerta abierta. Había dos puertas, una enfrente de la otra, entrábamos por un lado y salíamos por el otro. Teníamos un trozo de mampostería donde poníamos el carbón para hacer de comer.

En donde vivíamos, El Lazareto, todos vivíamos igual. En chozas. Cuando el techado se ponía un poco feo le echaban otro encima. Eso lo hacía mi padre y los vecinos. Porque se han ayudado. En Los Barrios, donde estábamos, se ayudaban uno a otro.

Yo viví en la casa hasta que me vine.

Como yo era la mayor mi madre me levantaba temprano. Bueno, el mayor era mi hermano, pero mi madre no iba a levantar a mi hermano, me levantaba a mí para ir por el agua. Teníamos que andar bastante. A poquito a poco llenábamos un cántaro, un cubo... Y volvíamos a la casa con ese agua. Porque ese pozo tenía muy *poquita* agua.

Cuando me vine a La Línea (1944) ya había más pozos en Los Barrios, estaban más cerca y con más agua.

Cada año una nueva choza

Antes de los diez años murió mi madre y nos fuimos los cuatro hermanos con mi padre al campo, cerca de Tarifa. Como mi padre hacía carbón y éramos



chicos, nos llevaba con él todos los inviernos. En verano no se podía hacer eso, porque se prendería fuego al monte. Cuando veníamos del campo, nos quedábamos en esa casa de Los Barrios.

Así estuvimos un montón de tiempo, para la casa, para el campo... Veníamos cada quince días. Hacíamos la compra en Los Barrios. Teníamos que esperar unos camiones que subían hasta donde estábamos nosotros en el campo, que nos montaban detrás. No éramos nosotros solos; iban más trabajadores de Los Barrios.

Teníamos que ir a Facinas a comprar pan caminando campo a través. Comprábamos esas *teleras* grandes de dos kilos o dos kilos y medio de pan que vendían²², y con eso teníamos casi para una semana.

Nosotros... yo qué sé, parece que hemos sido salvajes. Íbamos andando para todos los sitios. Y no se podía uno detener en las ventas, porque no se podía comprar nada.

Nos íbamos al carbón y le ayudábamos a poner las matas esas. Van poniendo arriba los troncos y después lo tenían que tapar con unas ramas y echarle arena. Así los troncos se cocían y se hacía el carbón. Cada uno hacíamos lo que podíamos. Éramos niños y en ese tiempo nos íbamos con él a todos sitios; y él nos llevaba, para no dejarnos solos.

¡Eso era para pasarlo! Pero bueno, como no había otra cosa, no se echaba de menos nada.

Dormíamos en una choza. Eso sí que era una choza, ahí no había paredes ni nada. Todo era de ramas. Cada año hacían una nueva, porque como no estaba cuidado, se ponía malamente. Mi padre lo hacía con nuestra ayuda, porque nosotros, ¡no veas tú lo que éramos! Le ayudábamos a todo. Primero hacían el redondel y luego le ponían el techo de ramas.

El fuego quedaba en el centro de la choza y dormíamos por alrededor. De noche por regla general se apagaba. Dormíamos en el suelo o ponían unos troncos que hacían de patas, y encima unos palos y ramas de lentisco. Sobre esas ramas dormíamos nosotros. Como un camastro. Pero vamos, que se dormía estupendamente.

En un palo que *entravesaba* la choza por el techo, puso un alambre y al alambre le hizo un gancho de donde colgábamos el caldero para ir haciendo la comida, y al tiempo íbamos metiendo palos para hacer el fuego.

Cada trabajador tenía su choza. Éramos cuatro o cinco familias y cada año podía estar gente diferente.

22] Una *telera* es una hogaza de pan.

Y después mi padre iba a *las corchas*. Todavía mi hermano va a *las corchas*²³. Cuando se iba nos dejaba en la casa en Los Barrios y venía cada quince días. Nosotros nos arreglábamos.

Yo era la que lavaba la ropa. Cuando venía mi padre y traía esa ropa del carbón... Allí también la lavaba él, pero vamos, ¡para poder dejar esa ropa limpia...! Y los calcetines venían rotos, que le teníamos que poner unas plantillas y coserlas. Eso me tocaba a mí.

Un agujero en la arena

Con diecinueve años me vine a La Línea con una tía mía que vivía en un patio de vecinos con un pozo en el centro. Tenía habitación y cocina. Cocinábamos en el hornillo.

Las necesidades se hacían en un cubo y se tiraban a un *vacie* que daba a la parte de atrás de nuestro patio: el Patio de Trino. La arena tragaba el líquido y se quedaba lo sólido. De vez en cuando, cada dos o tres meses, ese agujero se tapaba y había que hacer otro. Unos cuantos vecinos hacían los agujeros. Allí había moscas y ratas, pero eso todavía tenemos...

Un quinqué con *gas* usaba yo en La Línea y en Los Barrios. Y más chica, una vela. Candil de aceite no he tenido. Al quinqué había que lavarle el tubito todos los días, porque se ponía muy negro. El alcantarillado y luz lo metieron en El Junquillo hacia el 64, cuando pusieron las casitas bajas.

Mi tía conocía a personas y les decía, ¿por qué no te llevas a ella (por mí), que va a ver a su padre y a sus hermanos? Ellas llevaban café. Y yo iba andando con ellas a Los Barrios.

ÁNGELES HENARES

Nos cobraban muy poco

Me llamo Ángeles Henares Bracho y nací en 1943 en una casa de mampostería de La Atunara, cerca de la calle Santa María, a la vera de la iglesia. Vivíamos mis padres y tres hermanos.

23] «Las corchas» es el trabajo de descorche de los alcornoques. Se realiza en verano y es una tarea muy especializada: un golpe seco de hacha debe cortar y desprender la corteza sin dañar el árbol. El corcho tarda unos nueve años en renovarse, y éste es el periodo mínimo en que el árbol no será descorchado.



La casa era de un señor de apellido Galafate, que arreglaba los barcos que se estropeaban en el mar. Nosotros la teníamos alquilada y, como su señora estaba inválida, nosotros le echábamos una miradita y él nos cobraba muy poco por el alquiler. Tenía tres habitaciones y la cocina. No teníamos patio. Cocinábamos con carbón, y después ya con butano. Ahí había luz eléctrica.

ESPERANZA CAMPOS

Una casa con luz y alcantarillado

Todo el mundo me conoce por Esperanza, pero mi nombre de verdad es Mercedes Campos Marcenaro. Yo nací en La Línea en 1942. Mi padre tenía una alfarería. En aquel entonces se hacían los cacharos de barro, no había plástico ni nada de eso. Él tenía bestias para traer la leña de La Almoraima y cocer en los hornos, porque el camino a la alfarería era un camino muy malo.

Éramos ocho hermanos. Cuando nació el número cinco edificó la casa que tenemos ahora, adecuada a su negocio y a su familia. Mi casa tenía tres alcobas, salón, una cocina muy grande, el patio muy grande, las cuerdas y el pajar al fondo. Y una cocina aparte, que la usábamos en verano, porque como estaba cerca de zonas con basuras y aguas negras, había muchas moscas.

Teníamos un pozo y servicio con lavabo y bater. Como éramos muchos el servicio lo puso en el patio y el de la casa lo convirtió en una alcoba más.

Mi casa tenía luz eléctrica desde chica, y alcantarillado. En la calle Crespo. Ya a partir de arriba, en el cruce con calle Pedreras, acababa el alcantarillado y era todo arena. Calle Pedreras y calle Andalucía ya no tenían alcantarillado.

Mi madre, digamos que era de otros tiempos. Ella conoció la cocina de petróleo pero le daba miedo y no le gustaba; seguía con su carbón. Cuando ella falleció yo me hice cargo de la casa y puse el butano. La cocina era muy grande, con dos fuegos de carbón, y quieras que no eso daba calor. Cerrábamos las puertas y las ventanas al patio y aquello se caldeaba.

El brasero lo recuerdo de niña. Se prendía fuego al brasero en el patio y cuando quedaba el rescoldito se pasaba a la cocina. Pero mi madre decía, «la que tenga frío, que se acueste».

Ella con ocho hijos y su marido preso

Mi madre me contaba que los moros entraron a La Línea cuando mi padre había hecho la casa, pero entonces no estaba cercada; era como un huerto.

Venían saqueando las casas, y mi madre me contaba, «yo cogí los anillos y las joyas, lo envolví en un pañuelo, hice un boquete en la arena y lo enterré para que no se lo llevaran; pero alguien de los alrededores debió verme y se lo llevó». Me decía ella que los anillos que llevaba en las fotos se perdieron entonces.

Aquí fusilaron a muchísima gente al acabar la guerra, y entraban en las casas. Mi padre, lo único que decían, que era masón; tenía unas ideas políticas distintas a los que quedaron gobernando. Así que se refugió en Gibraltar. Como él tenía un negocio, mi hermano el mayor, que entonces era un niño de dieciséis años, se hizo cargo del negocio.

Mi padre salía de Gibraltar para apoyarle de vez en cuando, y una de las veces en que salió le cogieron. En el 41 se lo llevaron para El Puerto de Santa María y después para Burgos. Mi padre lo contaba.

Mi madre con ocho hijos y su marido preso. Y mi abuela, que también la teníamos en la casa... Lo que pasa es que entonces había gente honrada: un maestro alfarero en San Roque, Luis Hierro, vendía en su negocio lo del taller de mi padre sin cobrarle nada de más. No se aprovechaba. Hubo suerte.

Cuando él vino de la cárcel yo ya tendría unos tres años. No me puedo acordar. A mí me lo han contado. Ya cogió otro ritmo el negocio; porque no sólo era la alfarería: el alcantarillado de La Línea, que eran tubos de barro cocido, estaba hecho por mi padre. Y las tejas.

QUICA ROJAS

Piedra por las paredes y techo de rama

Me dicen Quica pero me llamo Francisca Rojas Olmo y nací en 1943 en Alcalá de los Gazules. Pero no vivía en Alcalá, vivía en el campo, en El Picacho. Ahora es muy conocido porque va mucha gente de acampada. Mi casa era una choza de piedra por las paredes y techo de rama, que yo creo que sería lentisco. Dormíamos en un camastro de lentisco, sobre unos palos. Ahí nos acostábamos. Y nos tapábamos con chaquetas o con el hato de las bestias.



Mi padre hacía carbón y hacía cal. La piedra de la cal estaba en un sitio y la madera para el carbón en otro. Dependiendo del trabajo que le saliera a él, que le encargaran en el pueblo, tenía que ir a diferentes sitios y en cada sitio había plantas o piedras distintas. Unas veces la choza era cuadrada y otras veces era en redondo.

Nosotros nos hemos criado sin madre. Mi madre murió cuando yo era muy chiquitita; tendría trece o catorce meses, y mi padre nos ha seguido criando a los tres hermanos. Y donde él iba teníamos que ir nosotros. Normalmente estábamos nosotros solos en el monte. Aunque recuerdo que algunas veces había hombres con él trabajando.

En esa época, había todavía muchos *bandoleros* metidos ahí en la sierra²⁴. Yo recuerdo de haber visto a la Guardia Civil, que llegaban a la casa y preguntaban por mi padre. «No, mi padre está trabajando; está haciendo carbón», o «Está haciendo cal». Lo que le tocara.

Un día, cogieron a mi padre la Guardia Civil y le dijeron, «Juan, vete de aquí, porque cualquier día vamos a ver uno andando, lo vamos a matar creyendo que es uno de ellos, y tus niños, ¿qué va a pasar con ellos? O viene un guardia nuevo que no lo conoce, lo ve allí, le mete un tiro y lo mata». ¡Se me ponen los vellos de punta!

Por eso mi padre se vino corriendo para La Línea. Dormíamos en la calle, pero por lo menos dormíamos tranquilos. Eso es lo que había.

Seis o siete años (hacia 1949) tenía yo cuando nos vinimos del monte a La Línea. Nos vinimos andando. Yo venía subida en el borriquillo, porque era la más chica. Me acuerdo que hicimos noche en el campo, en una casa sin techo: en el hato del burro me acostó mi padre y yo miraba para arriba y veía las estrellas.

Buscando una vida mejor

Yo he pasado mucho. Mi vida es una novela triste. Mi padre tenía un hermano aquí en La Línea ya, que vivía por detrás de donde está ahora el Lidl. Nos vinimos buscando una vida mejor, porque eso no era vida para tres niños y un hombre solo.

El hermano de mi padre tenía una *berraquita*, pero tenía muchos hijos. Nosotros nos quedábamos en la calle. Durante el día comíamos con mi tía, y

24] Con «bandoleros» se refiere a los guerrilleros antifranquistas.

después, de noche, tenía mi padre que *jacer* unas camas allí en la calle. Y dormíamos en el suelo. Una manta echada encima de la arena, y nos tapábamos con otra manta.

Esto fue en el verano. Cuando empezaron los fríos y las lluvias, ya mi padre había hecho un poquito más para arriba otra *berraquita*. Eso se llamaba el Camino del Cementerio, cerca de la avenida María Guerrero, donde está la casa de los Chinitos.

Mi padre hizo él sólo su barraca, con cuatro palos, cuatro tablas y cuatro cartones. Allí nos metimos, que nos mojábamos casi más dentro que fuera; pero por lo menos... La cama era un catre hecho de palos y un colchoncito de sayo, de la hoja de la mazorca. Recogió cuatro mantas, y todas las cosas en el suelo; ni una silla siquiera. Muy malamente.

Allí estaríamos nosotros dos o tres años. Ya después nos fuimos a vivir donde el padre de Esperanza tenía la alfarería, porque también había una calera, y estuvo unos pocos de años haciendo cal allí. Había unas paredes de habitacioncita de obra, y mi padre le puso unos palos y unas matas para techarla y allí nos metimos.

En cada obra hacía una chocita

Ya mi padre empezó a trabajar en albañilería, donde estuvo el resto de su vida. Entonces, cada vez que iba a hacer una nueva vivienda, lo primero que hacía era, en medio del terreno, una chocita de tablas o lo que fuera, y ahí nos metíamos. Yo tendría diez, doce años, como mucho.

Yo he cosido los calcetines para mi padre. Unas veces le echabas la puntera. Otras veces le echabas lo que era el talón. Cuando estaba demasiado viejo, de otros calcetines más viejos que ese, de la parte de arriba se le echaba la suela del calcetín. Y unas lonas de una tela muy gorda, que se ponían sobre los pantalones...

Recuerdo que en 1953 fue la primera vez que yo tuve conciencia de lo que era la cifra 1953; porque yo veía los números y no tenía conciencia de que era una fecha. Lo escribí en un portón y después lo pensé: «estamos en el año 1953». Me acuerdo como si lo hubiera hecho ahora mismo.

En una de las veces, cuando estaba trabajando con los padres de Susi la de la floristería en El Cafelillo, al final de la calle San Pedro, lo primero que hizo fue una *berraquita*. Entonces, una señora que vivía enfrente *me recogió* a mí y estuve por lo menos dos años con ella²⁵.

25] En este contexto, *recoger* significa acoger o adoptar.



Así, estuvimos, estuvimos, hasta que compró un terrenito y ya hizo una *berraquita* en la calle Pedreras, donde estuvimos viviendo una pila de años. Una vez allí me fui a Las Teresianas. Las casas de esta zona eran todas barraquitas. Era un callejón, y las casas que daban a la calle sí eran de mampostería, las que quedaban dentro del patio eran *berracas*.

Los desechos los tirábamos al Huerto de Julio, que le llamaban. Dos habitaciones, en una comíamos, porque la cocina estaba a un ladito y era muy chiquitita, y en la otra dormíamos.

Luz no teníamos. A lo mejor había un poste cerca, pero el trayecto hasta la casa había que pagarlo, y eso era muy caro. Ni pensarlo.

Cocinábamos con una hornilla de carbón, y ya en Pedreras con una especie de infiernillo de *gas* (petróleo). En el 66 me casé, y entonces me compré el butano.

De esa barraca nos fuimos a otro callejón donde mi padre compró otro terrenito más grande e hizo él una casita de obra. Pero lo mismo, dos habitaciones: la cocinita a un lado, y otra habitación para dormir. Aquí ya teníamos un patio. Ya tenía incluso hasta novio; podía tener dieciséis o dieciocho años.

De allí, como expropiaron para hacer El Junquillo, nos fuimos a vivir al final de la calle Pedreras. Compró mi padre un terreno grande e hizo una casita de obra en condiciones. De allí nos vinimos para El Junquillo, cuando hicieron las casas.

Me ha faltado lo principal

Mi padre nunca quiso trabajar en Gibraltar. Porque de todas formas él se iba a trabajar por la mañana y volvía por la noche, así que no nos hubiéramos quedado más solos. Pero nunca le dio por entrar en Gibraltar. No entró ni con los *pases* de visita que daban. Murió en el 67, no hacía ni dos años que me había casado. Mi niño nació en abril y él murió en noviembre.

Eran años muy malos; muy difíciles. Mi vida ha sido muy triste.

Yo he sido feliz porque tenía muchas amigas, estudié en *las teresianas*, me casé... Era feliz porque como no conocíamos otra cosa no la echábamos de menos. Hoy *tuviéramos* que volver a eso, se nos caería el mundo.

Cuando *encarta* la conversación de decir, «antes se vivía mejor», yo digo, «no, yo vivo *mejón* ahora». Yo he vivido muy mal; porque ha faltado lo principal de una casa, que es una mujer. Aunque hubiéramos pasado bastante, si hubiera tenido a mi madre no nos *hubiera* metido en esa chocita que él preparaba cuando entraba en una obra.

HORTENSIA GIL

Cayó una bomba en La Colonia

Me llamo Hortensia Gil Lozano y nací en 1936, en agosto. Me trajeron con tres años aquí.

A mi padre lo metieron preso en El Hacho, en Ceuta, porque tenía otras ideas. Nos decían que lo iban a matar, que lo iban a dejar para mañana... Y lo pasó mi madre muy mal. Iba a visitarlo conmigo y al salir yo quería que mi padre se viniera, y mi padre, llorando, le dijo que no me llevara más, viendo cómo lo pasaba yo. Hubo un bombardeo en Ceuta y mi madre y mis dos hermanas lo pasaron muy mal.

De eso yo no me acuerdo, pero recuerdo el día que nos vinimos a La Línea, que tenía unos tres años. Mi abuelo tenía una barraca amplia en La Colonia, y le decía a mi padre, «vente que aquí esto está mejor». Cuando llegaron bombardearon aquí y cayó una bomba en La Colonia.

Desde el muelle de Ceuta, la noche que nos íbamos para La Línea se veían los aviones que venían a bombardear Gibraltar. Al día siguiente, cuando llegamos a Algeciras, un camión nos llevó a La Línea. Había un *consumo* en la carretera que había sido bombardeado²⁶, y el consumista le dijo a mi padre, «Pepe, no te preocupes que tu familia está bien».

Todo muy limpito y barridito

A los cuatro o cinco años nos vinimos al patio de La Tagarnina. Nosotros, cuando íbamos al centro decíamos, «vamos a La Línea». En La Colonia la mayoría eran barracas, algunas bien hechas y forradas por dentro, pero eran barracas. Casas de obra había muy pocas.

Viviendo yo en la barraca, cuando había que pintar la puerta se pintaba, y estaba todo muy limpito y muy barridito. A la izquierda había un corredor que daba a un patio con un pozo, y ahí estaba la vivienda de la dueña de la barraca.

Tenía una puerta de entrada y una ventana. La cocina era muy grande. Había un poyo de hornilla, de obra, con dos boquetes. No tenía ventana para

26] Un *consumo* era un puesto local de control de impuestos de mercancías.

Los bombardeos, dirigidos a Gibraltar, se produjeron al inicio de la Segunda Guerra Mundial. Mientras en Gibraltar había refugios y la población civil había sido evacuada, la población linense no tenía protección alguna.



los humos, sino que se dejaba abierta la puerta que daba al patio. A veces mi madre ponía el *anafe* fuera y ahí se hacía la comida.

Los desechos los tirábamos a la playa. Había que pasar por delante de una iglesia y coger unas cuantas calles para llegar hasta la carretera con el cubo, y después cruzar la carretera para echarlo a las piedras que había allí. Allí se tumbaba el cubo. Si estaba la mar buena se bajaba hasta la orilla, se enjuagaba el cubo y otra vez para arriba.

Yo era la que más tenía que hacerlo, porque las demás hermanas estaban trabajando. Y mi padre a veces lloraba, porque decía que lo sufría por mí. Pero yo iba cuando no me veían, a lo mejor más temprano, o al anochecer, con otra vecina.

III

BARRACAS EN LA LÍNEA: LA ATUNARA



Grupo de barracas en La Atunara (La Línea). Delante de una hay una niña pequeña, junto a una tina o palangana, y un perro.



Una calle de La Atunara (La Línea). Una mujer de edad mediana, que parece estar de luto, sentada en una banqueta frente al sol, se vuelve hacia el fotógrafo.



Casas de materiales diversos en La Atunara (La Línea). Algunas viviendas consisten en lonas o mantas sujetas con palos y cuerdas. En plano medio hay una mujer en cuclillas que parece estar lavando. Hay ropa extendida sobre la hierba.



Calle de La Atunara (La Línea). Las casas con tejado de teja conviven con barracas con techo de chapa, que están pintadas o encaladas. Años 60 ó 70.



Barracas en La Atunara (La Línea), junto a viviendas de protección. Esta imagen parece ser la más reciente del grupo. Como en todas las anteriores fotos, las calles son de arena.

«A ver si arreglan La Atunara...
¡Esto no lo arregla nadie, mujer!
¿Y por qué no?
¡Porque no!»

Conversación entre dos vecinas de La Atunara



Trinidad Gómez arreglando el techo de su barraca en los años 60. La Línea.

4

MANOLO QUINTERO, JOSÉ SÁNCHEZ, TRINIDAD GÓMEZ, RAFAEL PÉREZ Y CARMEN SÁNCHEZ. GRUPO «LA ATUNARA»

Tras algunas conversaciones telefónicas y correos, Pepe Martínez (de la Asociación Protección Histórica Linense) y Pepe Uceda (de ASCTEG, Asociación Socio Cultural de Trabajadores Españoles en Gibraltar) convocaron en el Centro de Día de La Atunara a personas interesadas en participar en un grupo para hablar sobre sus viviendas. Pepe Uceda me ayudaría a identificar edificios de La Línea en días posteriores.

Están presentes, por orden de edad:

- Manolo Quintero, nacido hacia 1932 en Cádiz, llegó a La Línea una vez jubilado. Es presidente de la Asociación de ayuda a personas mayores de El Campo de Gibraltar.
- José Sánchez, nacido en 1943 en La Atunara. Fue miembro de la Asociación de Padres de Familia en Holanda y actualmente da clases de marquertería en el Centro de Día de La Atunara.
- Trinidad Gómez, nacida en 1945 en La Colonia de Puente Mayorga. Vivió después en La Atunara. Se casó y tuvo varios hijos, y se separó tras una relación de maltrato.
- Rafael Pérez, nacido en 1958 en La Colonia de Puente Mayorga, vivió después en La Atunara.
- Carmen Sánchez, nacida en 1959 en La Atunara.

El grupo es heterogéneo y no resulta fácil centrar la conversación en el tema propuesto; a mí porque no les conozco, a ellos porque no captan mi objetivo y necesitan asegurarse de que les creo.

Varios participantes subrayan la nobleza de la gente de esta barriada y reclaman su dignidad. A la salida del Centro de Día me agradecen expresamente que me haya interesado por cómo vivían, que me haya preocupado «de verdad» por ellos. Me explican que otras personas, la mayoría, sólo recogen anécdotas relacionadas con el contrabando.

Acabada la entrevista grupal, pido un menú en el comedor del Centro de Día. Este Centro se abrió hace pocos años y aspiran a que la gente del barrio lo disfrute como referente de relación y apoyo. El menú cuesta 4 euros para jubilados y pensionistas, a pesar de lo cual hay contados comensales.

José Sánchez se ofrece a acompañarme en la mesa mientras espera a un familiar. Hay algo más que quería contarme y prefiere hacerlo en privado, mientras toma una cerveza. Se trata de la represión que sufrió su familia: acabada la guerra de 1936-1939, su padre salió de su refugio en Gibraltar y lo llevaron preso, y su familia tuvo que sobrevivir en duras condiciones. Me habla también de su emigración a Holanda, de las penurias para salir adelante, de su integración en el país... Y de su retorno a La Línea décadas después, con un inevitable segundo choque cultural.

Contenidos:

Se fue formando un pueblo pesquero
Algo para cobijarse de las lluvias
Una *torcía* y un chorreón de aceite
Orgullosos de haber nacido aquí
El mar se metía dentro de la casa
Los vecinos eran como familia
Durmiendo bajo una manta
Un patio con barracas
Yo misma reparaba mi barraca
Casas de junco y barro
Llevaba los desechos a la playa



Carmen Sánchez.



José Sánchez.



Manolo Quintero.



Rafael Pérez.



Trinidad Gómez.

Se fue formando un pueblo pesquero

JOSÉ SÁNCHEZ:

Este barrio siempre ha sido de pescadores. Un barrio muy pobre, olvidado por todo el mundo, porque ha sido siempre marginado, donde no había ni escuela ni había nada. Sólo las casas y las huertas.

No era nadie de aquí. Venían de Almería, de Málaga... de toda esta parte de la costa... Se iban asentando aquí... se hacían una chabola, una casa de madera, y se iban acumulando sin urbanismo ni nada. Cada cual escogía su terreno y hacía su casa, porque todo esto era arena. Todos vinieron con las miras en Gibraltar. Y se fue formando un pueblo pesquero.

Vinieron también genoveses, que ya vivían en Gibraltar y Gibraltar los echó fuera. Se hicieron casas de madera en la parte de la frontera. Así se fue formando La Línea.

Y ese puñado de pescadores eran gente maravillosa. Ésta era una aldea muy pobre pero honrada. Analfabetos como nadie, también hay que decirlo; porque hay que sacar las cosas como son. Sus puertas nunca estaban cerradas, ni de día ni de noche. La forma de cerrar la puerta era con una silla por detrás. Y a lo mejor a las tres de la mañana venía el hijo de pescar en la mar o el marido... Y la pregunta era, «¿quién es?», «soy yo, mamá». Empujaban la puerta y entraban.

Así hemos vivido. Los días de calor, si queríamos íbamos a la playa y dormíamos al lado de un barco.

Algo para cobijarse de las lluvias

JOSÉ SÁNCHEZ:

En La Atunara las casas estaban hechas según las necesidades o según la capacidad económica de esas personas. Y la mayoría sin préstamos y sin nada, porque dependiendo de la mar, ningún pescador puede pedir un préstamo. Lo sabían bien los *diteros*, que el día que había Levante no pasaban a cobrar.



TRINI GÓMEZ:

Las barracas eran de madera: tablas y vigas. Los huecos o rendijas entre tablas los tapaban con sacos de esparto y los sacos encalados formaban la pared interior. Sacos de rafia se llamaban. Algunos les decían de esparto, pero eran de hilo de pita. Los mismos que usaban para llevar las almejas.

Sobre el techo, dependía de quienes, le echaban tablas, chapas, *cartón de piedra*...²⁷ Y por encima el alquitrán. Algunos echaban lo que tuvieran, porque la pobreza era de tener un techo para cobijarse de las lluvias y algo para descansar.

MANOLO QUINTERO:

Algunos ponían conchas en el techo. Ponían el clavo para fijar la chapa, diremos, y la concha la cogían y se la ponían con cemento, para que no entre el agua en el agujero del clavo.

Y a las piezas de *cartón de piedra* había que ponerles una tablita; a la junta, una tablita. Y luego echarle el alquitrán... Con el butano se calienta al alquitrán y se va pegando la tablita; pero lo otro era de cartón de piedra y *se estrozaba toa*.

Una *torcía* y un chorreón de aceite

TRINI GÓMEZ:

Se ponía aceite en un plato, se ponía otro plato encima y encendías la *torcía*, que era un trapillo enrollado. La metías por un boquete entre plato y plato, hacia arriba, para que no se cayera en el aceite ni se saliera del plato. Aceite, el que pudieras tener.

JOSÉ SÁNCHEZ:

O con mariposas o palomitas, que eran unos cartoncitos redondos con un *pábilo* que se echaban sobre un cacharro con agua²⁸. Le echabas un chorreón de aceite, el aceite quedaba encima del agua y la dejabas que estuviera flotando.

27] «*Cartón de piedra*» es cartón piedra, una pasta de papel, yeso y aceite que se endurece mucho al secar.

28] El pábilo es la porción de mecha que se enciende.

TRINI GÓMEZ:

Hacia el año 58 empezó a venir el agua corriente. La luz... Se usaba el *petromán*, que era de carburo. El carburo se usaba también para los barcos de pesca. Y el quinqué, que era de petróleo. Hay quien lo llama *gas*. Se vendía suelto: «deme un cuarto de litro».

Todo lo hacíamos en el infiernillo. Si tenías que asar pescado, en el mismo patio se ponía en la barbacoa, que entonces era el *anafe*, con carbón.

JOSÉ SÁNCHEZ:

El carbón estaba racionado, y en La Atunara se hacían colas de tres y cuatro horas para coger dos kilos de carbón. Y en Los Junquillos estaba el horno de Pozo, que era de uno que venía con un mulo por La Atunara vendiendo carbón. Y con diez o doce años íbamos *buscando el pan*. Quien tenía familia y tenía tres hijos, a uno lo mandaban a buscar el *gas* y a otro lo mandaban a por el carbón. Íbamos andando y entonces esto era todo arena y cañaveral. Te estoy hablando del año 58.

Orgulloso de haber nacido aquí

JOSÉ SÁNCHEZ:

Yo nací en 1942 junto a la iglesia de La Atunara y me siento muy orgulloso de haber nacido aquí. Tenía mi padre un bar en la calle Canarias, hoy Almirante Cervera. Todo el contorno de la iglesia eran viviendas buenas. Incluso los más pudientes vivían aquí al lado. Tenían negocios y barcos de pesca, porque entonces se dedicaban a la sardina: la salaban para llevarla a Algeciras.

Había muchísimos barcos pero puerto no había. Entonces eran barcos de remos. Cuando hacía mal tiempo a las tres o cuatro de la mañana los más jóvenes teníamos que quedarnos en ropa interior para empujar los barcos y sacarlos a la playa, ayudando a los mayores.

El primer barco de motor que se montó aquí en La Atunara lo montó mi padre y el primer motorista fui yo. En el año 60. Debido a eso me marché al extranjero, porque obligué a mi padre a meterse en una trampa y luego no daba para poder pagarlo, y mi padre no dormía. Se ganaba entonces aquí



seiscientas o setecientas pesetas a la semana²⁹. Hacia 1960 le dije, «me marchó al extranjero y te voy a pagar el motor». Y al año siguiente vine y le pregunté, «¿cuánto te costó el motor?». «Cuarenta y cinco mil pesetas». «Pues toma, cuarenta y cinco mil pesetas».

El bar era de un familiar. Por diversas razones vendió el bar y nos echó a la calle. Tenía yo tres o cuatro años. Entonces nos fuimos a otra zona donde mi padre cogió alquilado un caserón. El dueño, Antonio, tenía un comercio y varios barcos de pesca.

Ese caserón lo habían estado utilizando de saladero. Venían los sardinales de noche, los barcos que se dedicaban a pescar sardinas. Se cogían muchísimas cajas de sardinas. En esas casas tenían unas tinas con agua salada, allí metían las sardinas y por la mañana las ponían en cajas y en camiones se las llevaban para Madrid o para donde pudieran venderlas.

Mi padre ya no puso bar. Mi madre continuó haciendo de comer para los *guardiaciviles* solteros que vivían en el cuartel a unos cien metros.

El mar se metía dentro de la casa

JOSÉ SÁNCHEZ:

Nuestra casa tenía cocina, tenía dos dormitorios, tenía un salón, unos ventanales grandísimos pegados a la vía... Esa casa la tuvimos que abandonar porque en invierno el mar *se metía dentro*, y llegó un momento en que perdimos todo lo que teníamos y salvamos la vida por casualidad.

Entró una ola grandísima por la noche. A mi hermano pequeño, que estaba en la cuna, mi hermana lo estaba cambiando de pañal cuando pegó el golpe. Salimos el que pudo salir y el que no salió arrastrado por el agua. Cuando volvimos teníamos la casa con metro y medio de arena, las redes y todo perdido y la cuna del niño debajo de una cama. Después de todo tuvimos suerte, pero lo perdimos todo.

Me acuerdo que mi madre tenía un baúl de ropa, un arca de estas grandísimas, que era donde mi padre tenía el dinero guardado. El arca flotaba en medio

29] La peseta fue la moneda en curso en España hasta 2002. Cien pesetas equivalen a 0.60 euros.

del agua y había más de un pescador en la playa, esperando en medio del Levante a ver si el agua echaba el arca para la playa. Esto sucedió en el año 53.

En aquel tiempo no había luz. No tenía luz ni la Guardia Civil. Se hacía la comida en una hornilla. Había un patio grandísimo con un pozo. La letrina era una habitación con un cubo, que se tiraba luego al mar o en la misma huerta.

Yo tenía diez años. Nos trasladamos a una barraca, que se la compramos a uno que se quería marchar a buscar trabajo fuera. La barraca era de madera y forrada de *cartón de piedra*, encalado de blanco. Con dos dormitorios, una cocina y el patio. Allí estuve hasta que me fui para Holanda. Ya mucho después, en 1971, el padre de Carmen se vino a esta casa y nosotros cogimos un piso en San Bernardo.

La madera no daba frío y no *se llovía*, porque la preparábamos³⁰. No tengo sensación de que se viviera peor que en otras casas. Y la casa tenía sus ventanas, para ventilar. Pero eso dependía de las familias. Yo recuerdo algunas criaturas que tenían que poner lonas en el dormitorio, porque el techo goteaba; hacían un corte en la lona para que el agua cayera en unos cubos que ponían.

Los vecinos eran como familia

JOSÉ SÁNCHEZ:

He tenido la buena experiencia de que los vecinos eran como familia. Yo recuerdo que en mi casa cuando entraba ese Levante durante treinta y cuarenta días, todos esos días los pescadores no podían salir a trabajar. Mi madre tenía una olla grandísima y yo me preguntaba, ¿para qué quiere una olla tan grande? Ella ponía la olla y decía, «con un poquito más de agua se hace el *avío*»³¹. Sacaba unos cazos y repartía.

Aunque en tu casa pudieras comer todos los días, desde que nacías ibas viendo a tu alrededor gente que no tenía zapatos, gente que no podía comer, gente que tenía que vivir de otro modo...

Cuando era un niño, yo tenía mi barco de pescar, y traía muchísimas sardinas, muchísimos boquerones, treinta kilos, grandes. Cogíamos los boquerones y los salábamos para el invierno. Caballitas pequeñas también se preparaban. Se secaban los jureles y se preparaban en salazón. Entonces te servía para comer y para *podérselo* dar a otras criaturas.

30] «Se llovía» (la barraca) significa que entraba agua cuando llovía.

31] *Avío* es la comida o el alimento básico.

Nosotros nos hemos sentido siempre diferente a La Línea. Decíamos, «¿dónde vas?», «voy a La Línea».

A partir de aquí la calle eran cañaverales. Me iba para La Línea y al llegar al cañaveral nos quitábamos los zapatos y decíamos, «¡su padre el último!», porque estábamos asustados de atravesar esa zona, con el viento silbando entre los cañaverales. Una vez que entrábamos de nuevo en La Atunara nos sentíamos a salvo. Porque los pescadores a todas horas estaban en la calle, cada uno venía a una hora.

Durmiendo bajo una manta

JOSÉ SÁNCHEZ:

Yo recuerdo que mi padre tenía la costumbre, todos los veranos, de sacar a tierra el barco, lo varábamos junto a la casa, lo secábamos bien y él disfrutaba con pintarlo. Mi hermano salía siempre a barrer el *marchapié*. Hoy se extrañan de que los *llanitos* usen esa palabra, pero aquí también la llamábamos así³². Una mañana abrió la puerta mi hermano y vio que en el barco, que estaba tumbado, había una manta y un grupo de gente allí debajo. Se acercó mi madre y habló con ellos, «buenos días», «mire, venimos desde Motril andando por la playa».

A las familias que venían de esa zona les decían «*farfollas*». *Farfolla* es la hoja de maíz que metían en los colchones. Es una expresión que se refiere a alguien sin importancia o que habla sin decir nada. Venían dos familias y una anciana. «Mire, tenemos un problema, que en los días de camino solamente hemos podido comer *higos chumbos* y estamos todos que no podemos...». Entonces mi madre buscó una lavativa³³.

Estuvieron allí unos días. «A ver si aquí podemos trabajar en algo». Mi padre les cedió en el patio un rincón a cada familia para que se prepararan algo para resguardarse del sol y la lluvia. Los varones de la familia se iban por la mañana al río Cachón y se venían cargados de juncos. Y en cada esquina del patio hicieron una choza de juncos³⁴.

32] El *marchapie* es la acera. A los gibraltareños se les llama *llanitos*.

33] Los *higos chumbos* son el fruto del cactus llamado chumbera. Son muy astringentes.

34] Tanto en Puente Mayorga como en La Atunara hay arenales de junco y caña; no hay piedra y, salvo en las vegas de los ríos, tampoco hay barro.

Un patio con barracas

TRINI GÓMEZ:

Me llamo Trinidad Gómez Moreno y nací en 1945. Cuando yo nací mi familia vivía en una barraca en La Colonia. Desde una huerta se entraba a un patio de vecinos descubierto, el Patio de Rosa, donde había varias barracas.

La barraca era una habitación nada más, con una viga aquí y allí otra viga. Los sacos de esparto los tiraba mi madre por encima, luego la encalaba y parecía otra cosa. Y en esa habitación se hacía todo.

Mi padre al principio era marinero y pescaba aquí en la playa de Poniente. Después arregló *el pase* y entró a trabajar en Gibraltar. Trabajaba en «*los ingenieros*» como pintor³⁵.

Mi madre era ama de casa y lavaba para la dueña del patio. Cuando arregló *el pase* entró en Gibraltar a trabajar también, en la fábrica de café y en las casas particulares. Yo era la que me quedaba en la casa. Éramos seis hermanos y yo soy la segunda de las mayores. Estábamos en el colegio de las monjas.

Mi madre cocinaba con carbón o con leña y en el suelo. Había una ventanita por donde salía el humo. Y para calentarnos, una palanganita redonda hacía de brasero; la *copa*, que le decían. Era una palangana vieja de hierro o de chapa.

Nos alumbrábamos con el quinqué. Y para lavar era una tina, medio tonel que se cortaba. En Jimena la tina de lavar era de corcho.

Ahí estuvimos hasta que compró mi padre un terreno en el Huerto de María la *Jarriera*, un huerto muy grande. E hizo una barraca con una habitación muy grande, la cocina y el patio. Porque la anterior era muy pequeña.

Yo misma reparaba mi barraca

TRINI GÓMEZ:

Y entre mi padre y yo hicimos un pozo de barrica, que se hacía con las barricas de vino. Se iban metiendo una tras otra, a medida que se quitaba tierra del interior. Y la barrica hacía de soporte. Salía al agua enseguida.

35] «Los ingenieros» eran los ingenieros militares ingleses que trabajaban en la fortificación y en las construcciones militares de la colonia.



Tendría yo siete o nueve años. La barraca era de madera, que compró, y la forró con *cartón de piedra* y con chapa. Por dentro, la madera pintada. Lo mismo el techo, con *cartón de piedra* que se compraba. Que venía en unos rollos.

A los dieciséis años, iban a construir en todos los huertos para hacer la barriada de El Junquillo y nos echaron a todos. El Ayuntamiento le compró a mi padre una barraquita detrás del cine Levante. También estaba en malas condiciones y yo era la que la reparaba. Había luz pero no había agua corriente, por eso hicimos otro pozo en el patio de arena. Entre mi padre y yo lo hicimos, pero esta vez de anillos de hormigón. Se salía él y me metía yo.

Y pusimos suelo de cemento. *Más luego* le pusimos madera. Cinco años viví allí, hasta el 1961.

JOSÉ SÁNCHEZ:

Alguna gente le echaba polvo rojo al cemento, y cuando estaba aún fresco le marcaba líneas como si fueran las losas. En la pobreza también había imaginación.

TRINI GÓMEZ:

A mi barraca le puse también en el *marchapié asín* de cemento. Y al patio también. No entraba el agua allí. Y en el tejado yo ponía el *cartón de piedra* y después el alquitrán, la brea, que se compraba. Eran terrones como la cal y había que hervirlo. Entonces ya se ponía por encima para impermeabilizar y se pintaba. Eso además desinfectaba.

Y una vez me quemé el brazo. Estaba derritiendo el alquitrán con fuego de leña y me quemé. En una *afoto* que yo tengo que estoy arriba de mi barraca, arreglando el tejado, tengo puesta una blusa y otra encima, con la manga hasta aquí. Me tuve que poner una manga larga para que no me diera el sol.

Mi padre, como era pintor, lo que le sobraba de pintura en Gibraltar me lo traía. Y yo tenía una madera alrededor, como si fuera una cenefa, y la pintaba de un color, el techo de otro, y lo demás de blanco.

Venía Umbría con el caballo repartiendo el pan y como le conocíamos se paraba a tomar un café en nuestra casa. Y el hombre decía, «¡ojú, aquí en el suelo se puede comer!»³⁶.

36] En décadas precedentes, en muchos pueblos era costumbre comer de una sola fuente o artesa, que podía estar situada en el suelo.

Casas de junco y barro

RAFAEL PÉREZ:

Existe una barriada llamada La Colonia del Puente Mayorga. Las casas eran de junco y de barro. Yo vivía en una. Era como una choza, como las de los indios. Mojabas el barro y lo ponías en la pared... Había chozas con paredes y techo, y otras que la pared se juntaba arriba en punta.

Yo nací en 1958 y me crié con mi abuela. La choza tenía una cocina, un dormitorio y un patio de cañas. Y tenía un boquete como una chimenea pero de chapa y allí era donde se cocinaba. Yo la he visto hace poco en un pueblo.

Después pusieron una tiendecita con cositas que traía mi padre de Gibraltar. Porque él trabajaba en Gibraltar. La tienda también de junco y barro. Y mi madre se quedaba con nosotros.

Mi hermana era la mayor, después estaba yo y después un hermano mío que murió de chico. Recuerdo cuando se murió, que lo pusieron en una cajita blanca chiquitita, en lo alto de una mesa redonda de madera. Antiguamente se ponían cajas blancas para los niños chicos. Y una argolla dorada. Si era niña, la argolla era plateada.

Desde San Roque a El Puente vivía gente. *Hubiera* allí sesenta o setenta familias con casas de juncos y algunos pocos en casas de mampostería.

Yo viví ahí hasta que cuando pusieron la refinería nos echaron. Tendría tres o cuatro años. Nos dieron un dinero para que compráramos una casa. Unos se quedaron en el mismo Puente, otros se fueron a San Roque, otros a La Línea, a Campamento, al Pozo Rey...

Cuando vinimos a La Línea viví en la calle Francisco de Vitoria, en La Colonia de La Línea. Una casa pequeña. Después mi madre compró un terreno y la hizo más grande. Eran dos habitaciones, un cuarto de baño, que estaba en el hueco de la escalera de la casa, la cocina y el comedor.

Ahí vivía también mi abuela con nosotros. Ella se quedó sin hijos y se murió con nosotros con ciento y algo de años. Ella iba con su cantarito donde un hombre que vendía leche de vaca. Eran gente de Puente Mayorga que vinieron con los animales aquí a La Línea. A mi abuelo no lo conocí. Cuando se murió mi abuela, ya llevaba tiempo mi padre enterrado. El último que murió fue mi padre, de siete hijos que tuvo.

Hasta hace dos años existía la barriada de La Colonia de Puente Mayorga. Ya la quitaron. Echaron a la gente porque vivían muy cerca del Polígono y de la carretera.



Llevaba los desechos a la playa

CARMEN SÁNCHEZ:

Nací en 1959. Mis padres se dedicaban a la pesca. Somos siete hermanos. Mis padres desde que se casaron vivieron allí en la casa de José Sánchez. Hasta que dejaron de alquilarnos.

En los años sesenta llegaba el agua a la fuente, no a las casas. En el Pozo Rey había grifo, y donde Manolo había otro grifo.

En el Callejón de la Sangre pusieron aseos públicos para que los gitanos hicieran de cuerpo. En los años sesenta. Yo iba a la escuela y los veía en la puerta. También se ponían algunos aseos públicos en el patio.

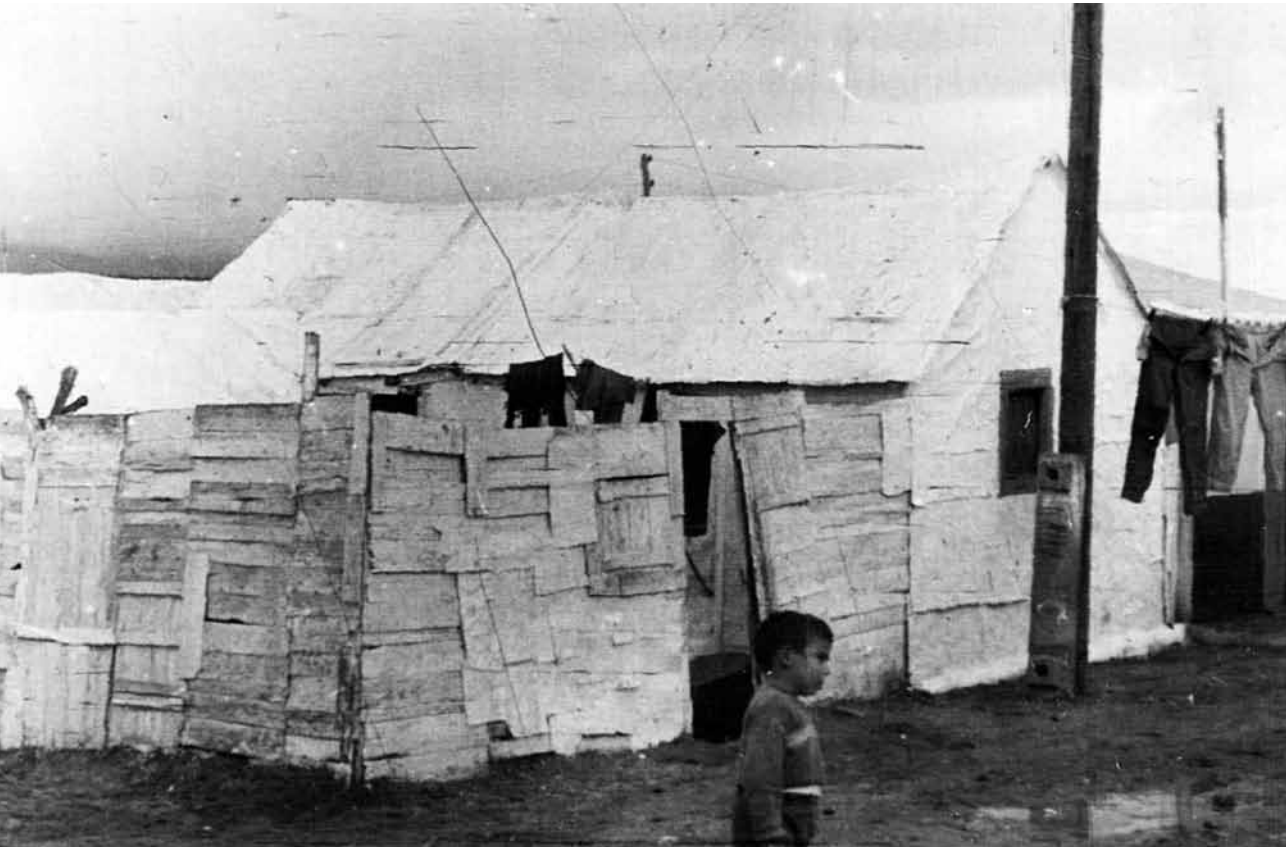
Mi madre recogía en el cubo los desechos y mi padre los llevaba a la playa.

IV

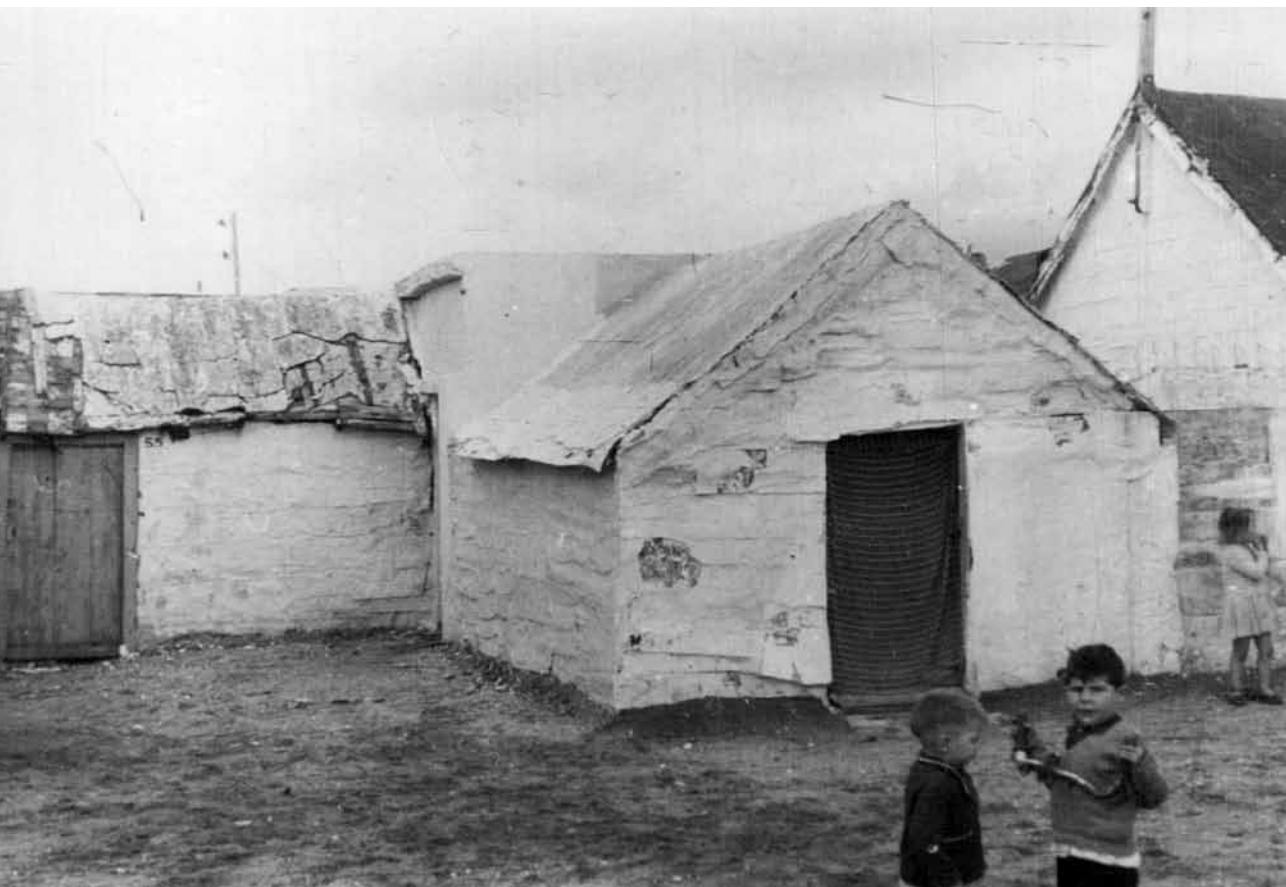
BARRACAS EN LA LÍNEA: CALLE OQUENDO (LA ATUNARA)



Calle Oquendo (La Atunara, La Línea). Viviendas de Antonio García y de Antonio Cabrera Rodríguez. Una mujer está en la puerta de lo que parece ser un patio.



Calle Oquendo (La Atunara, La Línea). Viviendas de Ramón Cabrera Rodríguez y de José Cabrera Sánchez. Hay ropa tendida en un patio y en la calle. En primer plano, un niño.



Calle Oquendo (La Atunara, La Línea). Viviendas de Antonio Tomillero Sánchez y de Encarnación Coca Ríos. En primer plano, varios niños.



Calle Oquendo (La Atunara, La Línea). Viviendas de Pedro Álvarez Cañestro y de José Tomillero. En primer plano, varios niños.



Calle Oquendo (La Atunara, La Línea). Vivienda de Antonio Mateo Merino.



Calle Oquendo cerca del pasaje Menéndez Pelayo (La Atunara, La Línea).
Vivienda de Encarnación Noguera Pérez. En primer plano, un niño.



Calle Oquendo (La Atunara, La Línea). Vivienda de Mebes Fernández Marín.



Calle Oquendo (La Atunara, La Línea). Vivienda de Francisca y Pura Villada Esteban.

«Mi barraca
era como un palacio».

FRANCISCA AGUILAR



Ana León, hija de Francisca Aguilar, en la puerta de su barraca. A su lado, una cabrita mordisquea una hojas de palma. Hacia 1964.

5

FRANCISCA AGUILAR

Francisca Aguilar, nacida en La Línea en 1925, participó en mis talleres de Memoria Oral hace unos años en el grupo de trabajo de El Junquillo. Francisca no podía llegar hasta el Centro de Día, así que la entrevisté en su casa. Estuvo también su hija Dina León, que le ayudó a recordar vivencias y ajustó algunas informaciones.

En su historia, recogida en mi libro «Camino de Gibraltar», habla de su vida cotidiana en las barracas, de su preocupación por la crianza de sus hijos, del buscarse la vida y de la higiene y el mantenimiento de la casa. Esta segunda entrevista nos permitió entrar en detalle sobre aspectos que hace años yo apenas imaginaba.

Contenidos:

Una habitación grande
Siempre estaba mala yo
Fui la primera con luz eléctrica
El cubo se echaba en un *vacie*
Echaron las barracas abajo



Francisca Aguilar.

Una habitación grande

Una mujer me dijo que yo nací en El Castillo. En El Castillo alguna casa era de mampostería y las demás, hacia arriba, eran todo barracas. Yo no recuerdo dónde nací pero sé que de pequeña he vivido en la Plaza de los Toros, en una casa de mampostería del patio Viaga. Luego en el patio Triana.

Durante la guerra y después de la guerra viví en la calle Jardines. Tenía mi madre una habitación grande con tres camas (una de las tres la poníamos por la noche), la cocina y un corredorcito donde comíamos.

Cuando me casé yo estaba viviendo con mi hermana. Estaban arreglándome una habitación sola, sin cocina pero muy grande, detrás de la Plaza de los Toros. Y cuando estaba preparada me fui allí. Después me dice mi hermana, «mira, están vendiendo barracas». «Ay, yo me voy a ir ahora a El Castillo». Y entre las dos compramos la barraca.

Esa barraca la hizo un gitano que no estaba malamente. No era de su propiedad sino que él la construyó. Y la hizo preciosa: grande, con dos habitaciones al fondo, que daban a la calle Romero de Torres. En la entrada un saloncito entrelargo y la cocinita, pintada de pintura de aceite de Gibraltar, verde, con su ventanita. Después tenía un patio grande con un gallinero, que daba a la calle Sebastián Elcano, y allí tendía yo. Mi barraca tenía salida por las dos calles. El suelo era de cemento.

Catorce meses tenía mi Benito, el mayor, cuando me fui a la barraca y mi José acababa de nacer. Era 1950. Manolín nació allí en El Castillo.

Mi marido estaba en Gibraltar trabajando. Trajo unos cartones encerados que se usaban en los barcos y los puso en el tejado fijados con unos listones. Cuando llovía, el agua lo ponía más duro y ahí no entraba una gotera de agua.

Las paredes de algunas barracas por fuera tenían *cartón de piedra*. La mía para que no se mojara estaba forrada con latones gordísimos de unos bidones de Gibraltar grandes con ondulaciones como aros. Y lo pintamos por fuera de pintura verde. ¡Esa barraca era como un palacio!

Había que estar muy pendiente de tener la barraca limpia, porque si no se metían bichos. Las cucarachas se metían en los huecos de los bidones. Mi marido ponía papel de periódico en las rajitas entre las tablas y lo encalaba muy espeso, que le decía yo, «¡vas a achicar la casa de tanto encalar!».

Recuerdo que cuando estaban haciendo los carnés yo estaba pendiente, porque sabía que estaban investigando por esta barriada. Cuando el policía pegó en mi puerta dijo, «venimos a tomar unos datos». Y le dije, «perdóneme, que yo creí que ustedes no entraban en las barracas». Tenía una silla junto a la puerta, el ropero enfrente y el lavabo muy bonito con su palangana de porcelana y su jarrón. Y me dice el policía, «he entrado y también me voy a sentar, porque esto es una casa; no es una cuadra». Tenía yo mi cama hecha con mi colcha de seda...

Enfrente había unas gitanas extremeñas que también tenían la casa bien arreglada y eran gente muy limpia, pero cuando estuvieron tomando sus datos en su barraca no entraron.

Siempre estaba mala yo

La cocina era chiquita, con la hornilla pequeña de carbón, una ventanita que abría al cocina, y una mesita. Comían las niñas cuando iban a la escuela y comía yo después.

Y después, hacia el 64, tuve un hornillo con un *estrebés* (trébede) de porcelana blanca y azul y con cuatro patitas. Tenía como un bombo aplastado, que era el depósito del *gas*. Y se metía el *mixto* (la cerilla) para encenderlo. La boquilla era ancha, con una mecha grande, como los quinqués antiguos. Salían *mijitas* de llamitas y se daba a una rosca para tener la llama más ancha o más baja.

El *gas* venía en una lata. Mis niños iban a recogerlo cruzando la Huerta Fava. El Manolo un día dejó la lata y se puso a jugar, y se la quitaron. Y yo lo castigué. «Te he castigado porque otro día te pueden hacer algo; si te pones a jugar en el camino, te pueden pegar y todo para quitarte lo que traigas. Tienes que ir derecho al *mandao*, y corriendo para la casa. Y después te vas tú a jugar». Pero como los niños son así...

De la *briega* que tenía con los niños³⁷, yo no los dejaba en la calle; los tenía dentro. En el patio ponía un candado y en la puerta del cuarto una tabla encajada que hacía de tranca. Yo pensaba, «¡si salen fuera y se pelean con una

37] Con *briega* se refiere a carga de trabajo.



de estas pandillas que hay...!». *Ahora*, los sábados los dejaba yo que salieran y jugaran en la calle.

Yo los bañaba todos los días. Y muchas veces mientras que yo estaba friendo el pescado y poniendo el guiso *él* los bañaba en el patio³⁸.

Yo metía el bañito dentro y me ponía a lavar la ropa, aunque estuviera lloviendo. Y si por la mañana amanecía el día bueno, ya lo tenía todo lavado y tendía yo mis trapos.

Por eso siempre estaba mala yo. Y me decía el médico, «tú te tienes que hacer cuenta que no tienes niños». Tenía tres en ese tiempo. Luego nacieron dos más.

Fui la primera con luz eléctrica

El brasero que teníamos era una palangana de cerámica. En la palangana se echaban tablas, se prendía y cuando quedaban los rescoldos se metía para adentro. Se usaba de noche y no mucho, porque frío no hacía demasiado... Y porque cuando eran chicos, en la barriada se quemó una niña toda la pierna con la *copa*: yo era muy friolera pero también era muy *asustona*.

Después compré un calentador, una estufa de gas, que le decían catalítica. Una noche me puse *entufada*, porque me quedaba yo esperando a mi José, que venía tarde. Yo como mareada ¡y era de la estufa del gas!

Yo tenía un quinqué, las velas y un *periquito* de gas que era una monada³⁹. En cada sitio de la casa tenía una cosa.

La primera a quien le pusieron la luz eléctrica en El Castillo fui yo. El hombre que después me vendió la casa de mampostería y la azotea, que la hizo él, tenía mucha amistad con los curas y era muy de iglesia (que los curas siempre han tenido mucho poder)... Este hombre fue a Cádiz, habló y consiguió la luz para su casa de mampostería.

Después fueron hablando con los vecinos de las barracas pero no la quería poner nadie porque decían que era peligroso y temían que fueran a arder las barracas. Me la puso a mí y ya se fue pasando a los demás. Para poner la luz

38] Cuando Francisca usa el pronombre «él» sin previa referencia, se refiere a su marido.

39] Un *periquito* es una candelita o lamparita pequeña.

en la barraca había que pagar a la compañía de electricidad: por el poste, los cables, la mano de obra...

Hacia 1962 ya teníamos luz. Recuerdo que cuando era Navidad y daban el cante de Rafael siempre se iba la luz. Y la gente salía a la calle protestando contra Carmen la Collares (Carmen Polo), que la llamaban la *Dientúa*: «¡Hija de la gran puta, cortar la luz...!». Y yo decía, «¡ese es el castigo que dan aquí a los pobres...!».

«Los ricos con su dinero quieren hacer una España grande con la sangre del obrero». Eso es lo que yo decía. Se me ponen los vellos de punta. Mi madre cuando yo tardaba tenía que venir a buscarme, porque sabía que yo no me callaba y decía las cosas donde fuera.

De joven, cuando trabajaba en el bar Cinzano los hombres se metían conmigo. Tenía yo diecisiete años y tenía la pechera muy gorda. Una vez salía yo de trabajar y un sargento que estaba enfrente del Cinzano dice refiriéndose a mí, «mira qué buenas bombas para tirárselas a los rojos». Estaban todos allí sentados, los médicos, los militares... todos paraban allí. Y yo les dije, «¡para tirárselas a ustedes, que son muy malos!».

El cubo se echaba en un *vacie*

En el patio tenía un cuartito de madera con un cubo gordo de metal en un lado. Lo hizo él y le puso su *tejaíto*. Yo le puse una cortina y después ya él le puso una puerta.

En el cubo poníamos un redondel que me trajo mi hermana de Gibraltar y así estábamos cómodas. Y una *escupiderita* de *plasti* para los niños⁴⁰. El cubo yo lo tenía muy limpito, le echaba *zotal* y le ponía una tapadera de una cacerola grande⁴¹.

Este cubo se vaciaba en un llano grande donde había un *vacie*. En todos los llanos había un *vacie* y alrededor estaban las casas. Cuando se llenaba se llevaban las basuras en un camioncillo, rellenaban el boquete de arena y hacían otro nuevo en otro lado.

40] Escupidera es el orinal.

41] Zotal es la marca de un fuerte desinfectante y plaguicida compuesto de creolina, que dio nombre al mismo producto. Fue comercializado a inicios del siglo XX.



Muchas veces iban mis niños a vaciar el cubo y cada uno cogía el asa de un lado. Se liaban a tirarle piedras a los palomos y un día le dieron a un palomo. No me lo llevaron porque yo no quería que me trajeran esas cosas. Y haciendo guerrillas le hicieron un día un boquete al cubo.

En El Castillo antes de la guerra los *vacies* los hacía el Ayuntamiento y luego venían otra vez cerrándolos y haciendo otros nuevos. Mi padre conocía a un hombre que se llamaba igual que él, Cristóbal, y que se dedicaba a eso. Cuando lo hacía entraba en el patio y le echaba café mi madre, u otra cosilla, o le echaba la otra vecina, la dueña del patio. No se le daba dinero, porque sabíamos que era un empleado del Ayuntamiento.

Cuando yo me casé iban unos muchachos por su cuenta a hacer el hoyo. Eran dos o tres hermanos con el pelo rizado muy negro. Al muchacho que lo hacía yo le daba un *duro*⁴² y un cigarrito inglés; que algunas no le daban *ná*.

Hacia 1968 hicieron el alcantarillado y se cerraron los *vacies*. Hicieron cuatro o cinco báteres públicos de mampostería y no se usaba para hacer sus necesidades sino para echar la suciedad.

Dina León:

Cuando yo era chica allí donde estaba el *vacie*, en medio del llano, hicieron una casa. Me acuerdo yo porque me ponía a jugar a las cometas con los niños de esa casa, que eran todos muy rubios.

Echaron las barracas abajo

Mi abuela vivía en El Conchal y tenía una casa toda de madera, que no parecía una barraca. Muy bonita. Hecha con cajones de madera forrados de hule y el suelo también de hule. Y las ventanas con celosías de palitos de madera. Tenía un corredor todo lleno de flores y un pocito todo alicatado de colores. Atrás había un terreno grande con otro pozo y un lugar para hacer las necesidades.

De Romero de Torres para allá eran barracas más malas, pequeñas y más sucias. En aquella parte había más gitanos y en esta parte éramos más

42] Un *duro* se llamaba a la moneda española de cinco pesetas.

*castellanos*⁴³. Yo fui un día por esa zona a comprar a una tienda que estaba toda llena de arena. La tienda de Juana, en la parte donde vivíamos nosotros, era de mampostería. Ella vendía charcutería, helados y de todo.

Hacia 1969 nos trasladamos a una casa de mampostería en la Plaza de los Toros. Yo no me quería venir de El Castillo y conservé mi barraca por dos años cerrada. Mi hijo la echaba un vistazo cuando venía de trabajar en la refinería. A los dos años me vine aquí y aquella barraca me la compró una sevillana.

Esa casa tenía un pozo de agua. Y había un cuartito con un cubito y un pozo ciego, pero no se llegó a usar porque no estaban bien las tuberías. Después hicieron un grifo y taparon el pozo. ¡Que había que pagar para que hicieran la obra! Unos años después nos fuimos a El Junquillo, que nos dieron una casa allí.

La mayoría de barracas las echaron abajo en los años 60 para hacer nuevas barriadas; y a los que les tiraban las barracas les dieron una casa nueva. Nada más dejaron algunas que estaban en terrenos de propiedad. Y los que se casaban se metían en barracas que quedaron vacías, pero ya no dejaban hacer nuevas.

En la barraca he vivido más tranquila, porque en el patio de vecinos era más mareo para tender y para todo. Yo tenía mis cordeles en mi patio junto a la barraca, el gallinero grande con los patos y las gallinas... Se estaba bien. El patio de la barraca era fresquito por la noche. Yo tenía el *marshapié* muy limpito, que era de ladrillo; lo barría y lo fregaba. Te sentabas allí por las tardes...

43] Se refiere a payos o no gitanos.

V
BARRACAS EN LA LÍNEA:
LA COLONIA

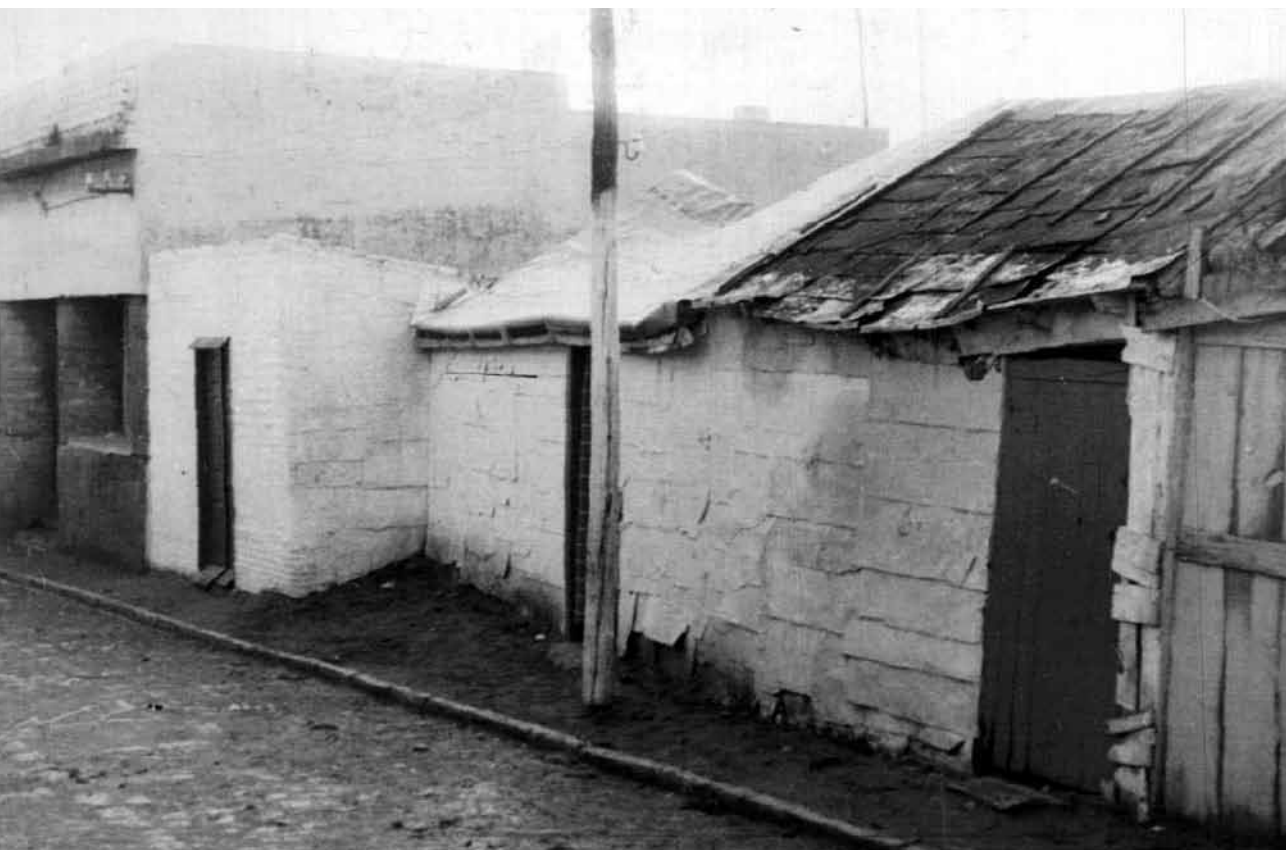


Calle Cardenal Cisneros, en La Colonia (La Línea). Tras las ramas del árbol se reconoce el peñón de Gibraltar.



Barraca en La Colonia (La Línea). Años 60. Este tipo de barracas se conocía como «barracas móviles».

Tres personas añadieron comentarios sobre esta foto. Araceli Marcos dice, «Yo las he conocido. Cerca del colegio Carlos V había un núcleo bastante grande que llegaba desde la Avenida y hasta casi lo que hoy es Carrefour». Isabel Fernández añade: "Recuerdo que los días que llovía mucho, desde el colegio los niños veíamos cómo se llevaban las barracas hacia sitios donde no hubiera charcos. Ver cómo andaban las barracas era muy divertido. Luego venían las regañinas de las maestras". Y Salvador Fernández recuerda: «¡Qué habilidad tenían para trasladarlas a otro lugar más seguro sin causarles grandes destrozos!».



Calle Cardenal Cisneros, en La Colonia (La Línea). Casas de Pepe Márquez, de Manuel López Albadalejo y de Diego Téllez Pérez.



La Colonia (La Línea), calles Hilarión Eslava y Francisco de Vitoria. A la derecha, un grupo de niños y una mujer. Al fondo, la silueta de Gibraltar.

«El material para las barracas
dependía del dinero que tuvieras,
según lo que se encontraba,
según si la gente entraba a Gibraltar».

ANTONIO BARROS



Infraviviendas adosadas a barracas. La Línea, años 50-60. Fuente: web AtunaTiki.

6

ANTONIO BARROS, MARUJA GIL, ISABEL ÁLVAREZ Y ANTONIO CASABLANCA. GRUPO «EL JUNQUILLO»

A primeros de junio de 2013 quedé en el Centro de Día El Junquillo con las otras cuatro personas que habían participado años atrás junto a Francisca en mi Taller de Memoria Oral. Nos reunimos en el patio junto a la cafetería. Mi intención era hablarles del proyecto que tenía entre manos y pedirles contacto con personas que quisieran aportar sus recuerdos sobre sus viviendas. Para mi sorpresa los cuatro insistieron en contarme su experiencia.

- Antonio Barros nació en Motril hacia 1932 y con pocos meses le llevaron a La Línea.
- Maruja Gil nació en Ceuta en 1928 y llegó a La Línea hacia 1940.
- Antonio Barros y Maruja han vivido muchos años en la barriada de La Colonia.
- Isabel Álvarez (La Línea, 1934) conoció más de cerca El Castillo y El Conchal.
- Antonio Casablanca, que nació en Barcelona en 1931 y llegó a La Línea hacia 1941, se refiere más a las cercanías de El Conchal.

Ese mismo día comí con Isabel, Maruja y su hermana Hortensia en la cafetería del Centro de Día El Junquillo. Compartimos mesa también con una mujer de unos ochenta años que se había quedado viuda hacía unos meses. Tomé sopa de coliflor, lomo de cerdo con patatas fritas y yogur de coco. El precio del menú era de 5.40 euros para las no pensionistas como yo, y de 3 euros para las pensionistas.

Entre bocado y bocado, Isabel y Maruja me hablaban de su vida en las barracas. Tenían mucho interés en detallarme cómo cocinaban, los utensilios y las técnicas. De cuando en cuando detenían su alborotado relato para preguntar a otras mujeres en mesas cercanas: «¿os acordáis de...?», «¿no es verdad que...?». Las respuestas afirmativas de sus compañeras incluían anécdotas propias y no ocultaban su orgullo.

Contenidos:

Cajones de té y pastas de arcilla
Nos metimos en el pajar de mi abuelo
Un medio de especulación
Nos dedicábamos a hacer barracas
La gente de la Ciudad sin Ley



Antonio Barros.



Maruja Gil.



Isabel Álvarez.



Antonio Casablanca.

Cajones de té y pastas de arcilla

Isabel y Maruja me contaron que para recoger los humos, salpicaduras y restos de alimentos usaban un cajón grande de té; una caja grande de madera, de casi un metro de lado, en la que se transportaba el té de Gibraltar. Dicho así, me resultaba difícil de entender. Maruja me lo dibujó en un papel. Isabel pidió una caja de cartón al encargado de la cafetería y me hizo una pequeña demostración. El cajón se colocaba sobre la mesa o encimera de obra, con la parte abierta mirando hacia la persona que cocinaba, y dentro de él, en el centro, se colocaba el hornillo.

Me dieron detalle sobre los usos del carbón:

El carbón se hacía con troncos gordos. El *cisco* es más menudo. Es el residuo del carbón, que queda partido después de ir cogiendo con la pala los trozos gordos. El *cisco* era lo que lo encendía el brasero o la hornilla, y además aguantaba al *picón*. El *picón* era el carbón hecho de ramaje fino, que se apagaba pronto porque si no se consumía.

Verdaderamente, el brasero se hacía fuera. Y cuando se le pasaba el humo y quedaban nada más que las brasas se metía en la casa. Y se le echaban las cenizas del día anterior por encima, para que aguantara. La ceniza se guardaba de un día para otro.

Cuando se acababa de cocinar, para mantener vivo el carbón y no tener que volver a encenderlo, se sacaba la ceniza de la parte de abajo del hornillo y también se echaba por encima de las brasas.

Comentaron sobre los humos generados por el brasero de carbón:

Yo me desmayé. Lo teníamos en la habitación esa. Yo no he tenido frío nunca, pero mi tía y mi primo lo ponían y cerraban, y yo me desmayé. No del humo, sino de ese vapor que suelta el brasero.

Tú no sabes lo malo que era el brasero. ¡Te acercabas y te salían una *cabrillas*⁴⁴...! Se respiraba el humo. Yo tenía una ventana, pero esa ventana en el invierno estaba cerrada.

Las cenizas sobrantes del brasero o la hornilla se usaban para hacer lejía:

Mi madre cogía un cántaro, echaba la ceniza del brasero y la tenía dos o tres días, la colaba, y ese agua era para lavar. Yo he lavado con la tabla. Y poníamos la ropa al sol y la chapurreábamos con el agua de cenizas. Si llovía, el agua de la canal la cogía mi madre y ese agua era para lavar.

Para blanquear usaban también un producto llamado «polvo de gas». Se tomaba un puñado de este polvito con un pañito y se anudaba éste. Se humedecía y se dejaba una media hora en el agua con la ropa a remojo. La lejía se hacía con eso. No podías tocarlo porque quemaba, y el trapo después se tiraba.

Unos años antes, Maruja me había hablado de unas pastas o tortas que hacían con arcilla y ceniza:

Las mujeres nos preparábamos unas pastas para cocinar, que también se vendían. Íbamos unas cuantas muchachas al río Cachón, entre San Roque y La Línea, cogíamos barro con una pala y lo echábamos en un cubo. Lo meneábamos mucho y de menearlo se nos ponían las manos la mar de finitas. Después añadíamos el *cisco* y hacíamos una masa. Algunos le echaban paja seca. Después cogíamos dos aros de hierro, uno más grande y otro más chico, los poníamos sobre el suelo, y en medio se metía la masa y se aplastaba con un mazo de hierro. Quitabas el aro y la torta se secaba al sol y se guardaba. Cuando ibas a cocinar el puchero, encendías el carbón y añadías las pastitas cortadas a trocitos para que el carbón te durase más tiempo.

Este elaborado proceso nos remite a un rico saber heredado. ¿Qué utilidad tenían estas pastas? Internet aclaró mis dudas. El barro de ese río debe de tener un alto contenido en arcilla, por eso el amasado suaviza la piel. La arcilla,

44] *Cabrillas* son las manchas que aparecen en la piel tras estar muy cerca de una fuente de calor.



formada principalmente por silicato de aluminio, soporta altas temperaturas: al mezclar el cisco o carbonilla con el barro arcilloso se aprovechan los restos de carbón, se mejora su combustión y se conserva el calor. Estas pastas o tortas de carbón vegetal son equivalentes a las briquetas industriales. También se fabrican de forma casera en muchos países.

Nos metimos en el pajar de mi abuelo

MARUJA GIL:

Cuando mi gente se enteraron de los bombardeos de la Segunda Guerra, nos vinimos para aquí y nos metimos todos en una barraca de La Colonia que era de mi abuela, María Carrillo. A un lado de la barraca mi abuelo encerraba un caballo que tenía y una yegua; los tuvo que sacar y en esa habitación que era un pajar nos metimos *unos pocos*. Ahí nacieron mi hermano Manolo y mi hermana África.

La casa de mi abuela tenía dos habitaciones. En la entrada, mi abuela tenía una mesa redonda en un rincón. El patio era grande y tenía dos pilares para los animales y el pozo. Y había otra barraca donde tenía mi abuelo un bater hecho.

Era una barraca muy bien forrada. Te digo que yo estaba más contenta en una barraca que en las casas de mampostería. En el suelo tenía pedacitos de losa y Dámaso, el *mariquita* que vivía allí, le decía a mi abuela, «¡María Carrillo, en tus losas se puede comer migas!»⁴⁵.

En la calle donde yo vivía, en Zorrilla, a las seis de la mañana se iba a tirar la porquería al mar. Y tiempo después en unos boquetes. Había uno que iba con un carro y un burro que pasaba a recoger todas las porquerías esas. Y después a todas las mujeres que veía les hacía así (Maruja me pone la punta del dedo en un pezón). ¡Uuuy! Daba asco verlo.

ANTONIO BARROS:

El Ayuntamiento se encargaba de venir de madrugada a limpiar algunos pozos negros o *vacies* de las casas de mampostería. Pero esto se dejó.

45] Las migas es un plato tradicional de origen árabe, frecuente en el ámbito ganadero trashumante. Se hace con pan duro o con harina, ajo, tocino y otros ingredientes que varían según las zonas.

Los *vacies* estaban siempre pegados a un huerto y el dueño del huerto usaba eso como estiércol de las plantas. El patio donde viví de casado daba al Huerto del Mosca. Por un agujero que había en el muro la gente tiraba las cosas sucias al huerto y el Mosca lo usaba para abonar las lechugas y los tomates.

Cuando empezó a gobernar el PSOE en La Línea se hizo el alcantarillado de la mitad de La Atunara. Ya después las basuras se dejaban en las puertas de los patios en unos recipientes o latas y venían con unos burros recogéndolas. Me acuerdo que el Ayuntamiento se gastó 400.000 pesetas en hacer aquello. Después se hizo el alcantarillado de La Colonia.

Un medio de especulación

ANTONIO BARROS:

Después de la Segunda Guerra Mundial mucha gente venía a La Línea, porque había más trabajo en Gibraltar y era el tiempo del hambre y la posguerra. Entonces fue cuando crecieron las barriadas de barracas.

La gente iba preguntando para comprar o alquilar... Y había quien hacía su barraquilla. Muchos patios no eran antiguas casas de campo. Se habían formado a partir de casas o barracas que se iban pegando unas a otras, dejando un vano en el centro, que se convertía en el patio.

Yo creo que la mayoría de los patios de La Línea eran un lugar de especulación, porque sabían que venía mucha gente a trabajar a Gibraltar. En mi patio, casi nadie de los que vivían allí era de La Línea.

Cuando nosotros vinimos de Motril, una prima hermana de mi madre que era también de Motril tenía la casa de Ramón Carlín, frente a la iglesia. Era un patio donde vivía una pila de vecinos. Como éramos siete de familia, en vez de coger una vivienda, que consistía en una habitación grande y una cocina, alquiló dos. Los patios tenían un pozo o dos: si era chico tiraban uno, y si era más grande tiraban dos. Para beber se compraba agua al aguador, que la traía en cántaros, con una burra.

Muchos patios no tenían portón. El nuestro tenía uno pero se rompió y ya no se puso nuevo. Y había que esconder el jabón de lavar o la ropa que se tendía. Porque si la mujer había dejado un trozo de jabón a la vista para la siguiente vez que lavara, se lo llevaban. En mi patio había dos servicios públicos, y cada día le tocaba a una vecina la limpieza.



Aparte de barracas algunas familias vivían en casa de mampostería. En La Colonia, Dámaso tenía una casa de mampostería; otra era de un municipal, enfrente de la abuela de Maruja; la casa de la Pellejera, frente a la escuela de don Francisco El Cojo; y la casa del señor Juan, que estaba frente a la Escuela de Francisco Victoria... Unas pocas de casas hasta llegar a la carretera.

Diego se hizo una casa de mampostería y él mismo le puso el techo. Él tenía mucho talento, pero se equivocaba, como todas las personas. Recuerdo que al echar el hormigón al techo se le rompió porque no estaba bien apuntalado. No le pasó a él nada. Se reformó la casa y ha estado viviendo ahí hasta que murió. Diego era una bellísima persona. Se mató en un accidente de coche cuando iba a trabajar a Sotogrande, siendo joven todavía.

ISABEL ÁLVAREZ:

Cuando yo era niña, vivíamos en la calle Teniente Silva, de la barriada de El Castillo, que desde El Valenciano era una fila de casas de mampostería. A la izquierda, en transversal, estaban el callejón de los Gitanos y la calle Romero de Torres, que también tenía viviendas de mampostería. Después, de más mayor, empezaron a hacer barracas.

A la espalda de esas casas empezaba El Conchal. Cuando yo llegué, en el 1935 ó 1936, en El Conchal había una casa grande de mampostería cuya dueña se llamaba Antonia, y otra casa grande. Lo demás estaba vacío; era arena.

ANTONIO CASABLANCA:

El Conchal empezó a ocuparse hacia 1940, que yo recuerde. Entonces empezó a venir más gente de fuera, y y ellos son mayormente los que hacían las barracas, en los patios o fuera de los patios. Años después ya eran casi todo barracas.

Cuando empezaron a construir El Junquillo (los pisos de Los Albergues y de Las Cuatro Plantas) y cerraron la frontera, a todos los que tenían barracas en El Conchal les dieron un piso aquí. Muchas casas que se quedaron vacías las tiraron, pero no todas. En 1975 todavía quedaba gente en esas casas.

ANTONIO BARROS:

Mi padre compró un terreno que tenía 52 metros de largo por 25 de fachada, con escrituras... Le costó mil seiscientas pesetas y tuvimos que poner entre todos los ahorrillos que teníamos. Mi padre hizo una casa en ese

terreno y ya después mis hermanos, cuando se fueron a casar, también hicieron.

La casa que hizo mi padre tenía planta en ele, con tres habitaciones, la cocina y la salita; una parte estaba en paralelo a la calle, que tenía unos dos metros y medio de ancho, y otra en perpendicular.

Entonces no había control y las calles se hacían sin ordenación urbanística. Cada calle tenía una dirección y cada casa miraba para un lado. En La Colonia se empezaron a arreglar las calles cuando gobernaba el que tenía la zapatería La Ideal, que le decían Pedro Chimenea. Y en esta reorganización de las calles vinieron a mi casa y la cortaron por la mitad, dejando separadas las habitaciones. De un vecino que también le cortaron la casa, se llevaron los cañizos y los azulejos del suelo. Y no gratificaron ni nada. Menos mal que mi padre ya estaba malo, muriéndose, que si no eso le hubiera costado un disgusto.

Nos dedicábamos a hacer barracas

ANTONIO BARROS:

Había una señora en La Colonia, la Tineo, Luisa Tineo, que tiene un sobrino aún, Juan Tineo el Barbero, y ella encargaba hacer barracas para venderlas luego. Un amigo mío, el carpintero Diego Gómez, se dedicaba a hacerle barracas, y yo le ayudaba. Tenía yo entonces unos dieciséis años, hacia 1948; los dos éramos unos niños. Esta señora escogía el terreno en la calle Campoamor de La Colonia y nos indicaba el sitio y el número de barracas que podíamos hacer: una, dos... Ella no decía que el terreno era suyo. Nosotros la hacíamos y ella la vendía. Cobraba setecientas pesetas por barraca.

Se metían unos puntales de madera en el suelo, cuatro o más. Según lo larga que fuera la fachada de la barraca, se repartían espaciados metro y pico. Se echaban piedras (en el boquete alrededor de cada puntal), y se volvía a echar arena con agua.

Cuando estaban todos los puntales se clavaba una madera por encima uniendo los extremos. Luego se preparaban en el suelo unos caballetes con unas *tirantas*, que tenían una inclinación para hacer el tejado a dos aguas. Esto se colocaba arriba sobre los puntales y sobre esa estructura ya se colocaban tablas de madera maciza.

Normalmente las vigas largas, las maderas y casi todo el material se traía de Gibraltar, amañado o comprado. Algunos ponían tablas de cajones de



Gibraltar, de una madera de láminas llamada *triplay*. Esto se usaba más en la fachada, porque como son láminas pegadas con el agua de la lluvia se parten.

Después de cubrir el tejado con madera se ponían unas telas de *cartón de piedra*, que venía en rollos, cubierta de alquitrán y arena. Se calentaba con una lamparilla y se iba pegando, porque antes no había soplete ni nada. Y esto también se traía de Gibraltar.

En la fachada se ponía madera. Pedazos, tablas... se aprovechaba lo que fuera. Muchas veces se cogían palos que salían por la mar.

La barraca se forraba con chapa de latas de *gas* cuadradas muy grandes, de una fábrica de *gas* de Gibraltar. Se abrían las latas una a una y se iban pegando. Ese mismo tipo de latas se usaban para regar los huertos, que se transportaban de dos en dos, en los extremos de un palo de madera. La chapa de las latas quedaba a la vista por fuera, y los palos de los puntales quedaban por dentro. Después, las paredes se encalaban por dentro. Esto era en los años cuarenta, cincuenta. Más adelante empezaron a encalar las barracas también por fuera.

La mayoría de las barracas tenía una puerta y dos ventanas.

El material que se usaba para hacer barracas dependía del dinero que tuviera cada uno, según lo que podía, lo que se encontraba... según si la gente entraba a Gibraltar. Como esta mujer de La Colonia nos pagaba, nosotros comprábamos mejores materiales.

La barraca se hacía en la misma arena, y el suelo interior era la misma arena. Había barracas que tenían en el suelo una especie de hule grueso. Algunos suelos los empedraban clavando las piedras por la parte más aguda. De la playa también traían conchas y piedras para poner en los suelos. O se ponían cantos rodados: con la cal y arena se hace una especie de mezcla a donde se pegaban los cantos.

La gente de la Ciudad sin Ley

ANTONIO BARROS:

La Ciudad sin Ley era una zona con una especie de cabañas, barraquillas... Que no eran barracas bien formadas. Se llamaba así porque había gente de mal vivir. En El Conchal había una Ciudad sin Ley, y en La Colonia otra. Esas dos barriadas eran marginales.



Había un cura que estaba de párroco en la iglesia de La Colonia, don Vicente Gaona Pacheco. Los muchachos que estábamos con el padre Gaona en la iglesia le acompañábamos por las tiendas del centro, a recoger mantas y cosas para esta gente de la Ciudad sin Ley, que estaba muy mal. Y este cura se metía en las pequeñas cabañas de la gente que se estaba muriendo, les meneaba, les tocaba, les daba las mantas...

La casa de la iglesia la hicimos nosotros los muchachos con el padre Gaona y un albañil que dirigía aquello. El padre Gaona duró muy poco tiempo. Vino después el padre Junco, que era más señorito. Llegó junto a su padre, que era militar, y se hizo un cuarto de baño de lujo dentro de la casa. Y nosotros lo criticamos.

La calle de La Colonia donde actualmente está el Tenis Club estaba llena de estas cabañas o chozas. Eran como tiendas de campaña, con ramas, telas, palos, cañas... lo que cogían. Aquello no eran barracas para poder vivir ni nada.

VI BARRACAS EN LA LÍNEA LA HERENCIA



Barraca reformada en la calle San Pablo, esquina con la calle Carboneros (La Línea). Diciembre de 2013. Fotografía: Beatriz Díaz.



Barraca reformada en la calle Francisco de Vitoria número 52 (La Línea). Año 2015. Imagen: Google Maps.



Barracas reformadas en la calle Pedreras, de la barriada San Felipe (La Línea).
Año 2013. Fotografía: Beatriz Díaz.



Barraca reformada en la calle Villaverde número 39, de la barriada de La Atunara (La Línea). Año 2015. Imagen: Google Maps.



Barraca reformada en la calle Villaverde número 26, de la barriada de La Atunara (La Línea). Año 2015. Imagen: Google Maps.



Barraca reformada en la barriada de La Atunara (La Línea). Año 2013.
Fotografía: Beatriz Díaz.

BIBLIOGRAFÍA

- ATUNATIKI. Web de La Atunara. <http://atunara.com/atunatiki/tiki-index.php>
- BOTELLA ORDINAS, EVA (1995). «Un estudio sobre demografía y empleo industrial en el Campo de Gibraltar en el período 1960-1992». En: Almoraima: revista de estudios campogibaltareños, ISSN 1133-5319, N° 13 (455-466).
- CARMONA DE CÓZAR, JUAN (1982). «Gibraltar, la cara oculta del problema». El País, 6 de julio de 1982. http://elpais.com/diario/1982/07/06/espana/394754406_850215.html
- COMUNIDAD CRISTIANA DE SANTIAGO (1989). *Experiencia Cristiana. Parrquia de Santiago Apóstol. Recuerdos y reflexiones. La Línea de la Concepción (1952-1964)*. Imprime Gráficas Magariños. La Línea de la Concepción.
- DE LA VEGA RODRÍGUEZ, JOSÉ (1973). *La Línea de la Concepción (Cádiz). Cien años de historia, 1870-1970*. Editan Ayuntamiento de La Línea y Diputación provincial de Cádiz.
- DÍAZ, BEATRIZ (2011). *Camino de Gibraltar. Dependencia y sustento en La Línea y Gibraltar*. Editado por Delegación Provincial de la Consejería de Salud en Cádiz, Junta de Andalucía. Sevilla.
- ESCOLAR, ANTONIO (2011). *El medio social, la piedra clave; sobremortalidad por cáncer en El Campo de Gibraltar*. Editado por Delegación Provincial de la Consejería de Salud en Cádiz, Junta de Andalucía. Sevilla.
- GRUPO DE TRABAJO DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EPIDEMIOLOGÍA (2013). «Dictamen realizado por encargo del Defensor del Pueblo Andaluz sobre El exceso de mortalidad y morbilidad detectado en varias investigaciones en El Campo de Gibraltar».

- HISTORIA DE ALGECIRAS EN IMÁGENES. Grupo de Facebook. Consultado en 2013.
- HISTORIA DE SAN ROQUE EN IMÁGENES. Grupo de Facebook. Consultado en 2013.
- LÓPEZ ÁLVAREZ, LAURA Y SÁNCHEZ TOSCANO, ÁLVARO (2001). «Análisis urbanístico de barrios vulnerables en España. La Línea». Ministerio de Fomento. Secretaria de Estado de Vivienda y Actuaciones Urbanas, y Universidad Politécnica - Instituto Juan de Herrera. Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid, Departamento de Urbanística y Ordenación del Territorio. <http://habitat.aq.upm.es/bbv/municipios/11022.pdf>
- MAESTRE ALFONSO, JUAN (1968). *Hombre, tierra y dependencia en El Campo de Gibraltar*. Cuadernos Ciencia Nueva. Madrid.
- MARTÍNEZ MATEOS-ALBADALEJO, JOSÉ ANTONIO (1994). *Orígenes de La Línea de La Concepción (1794-1821)*. Gráficas Magariño's. La Línea de La Concepción.
- ODA-ÁNGEL, FRANCISCO (1998). *Gibraltar: la herencia oblicua. Aproximación sociológica al contencioso*. Servicio de publicaciones de Diputación de Cádiz. Cádiz.
- RIVERA, AGUSTÍN (2015). «Londres se hace fuerte en El Campo de Gibraltar. Crece la dependencia con la crisis». El Confidencial. 14 de julio de 2015. https://www.elconfidencial.com/espana/andalucia/2015-07-14/la-economia-del-campo-de-gibraltar-depende-de-la-colonia-britanica_927260/
- UNA VOZ DE LA LÍNEA. «También nosotros pedimos» (1935). Anónimo. En: Semanario Comarcal Sur nº 11, lunes 25 de marzo de 1935.
- VELARDE FUENTES, JUAN (1970). *Gibraltar y su campo: una economía deprimida. Imperialismo y latifundismo*. Ediciones Ariel. Madrid.
- VELARDE, JUAN (2017). «Gibraltar desde la economía». El economista. 25 de julio de 2017. <http://www.economista.es/firmas/noticias/8517403/07/17/Gibraltar-desde-la-economia.html>
- EL SOL, 26 de febrero de 1921. «La Línea de ayer y La Línea de hoy». Blog Artículos de prensa de La Línea en blanco y negro, de Luis Javier Traverso. Consultado en 2013. <http://articulosdeprensaenlalinea.blogspot.com.es/2011/08/la-linea-de-ayer-y-la-linea-de-hoy-1921.html>
- PÉREZ GIRÓN, ANTONIO (2007). *San Roque y su prensa (1880-2006)*. Edita Asociación de la Prensa de El Campo de Gibraltar. Algeciras.
- TRAVERSO, JOSÉ LUIS. Blog La Línea en blanco y negro. Imágenes y comentarios. Consultado en 2013. <http://lalineaenblancoynegro.blogspot.com.es>

WIKIPEDIA. Campo de Gibraltar Urbano. Consultado en 2013.

http://wikipedia.orange.es/wiki/Archivo:Campo_de_Gibraltar_Urbano.png

WIKIPEDIA. Mapa de Andalucía. Densidad de población por municipio. Consultado en 2013.

http://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/a/a6/Andaluc%C3%ADa_densidad_de_poblaci%C3%B3n_%28municipios%29.svg



«Por más puertas que cierren, siempre quedará un boquetillo». Escrito en el muro de una antigua vivienda. La Atunara, 2018. Fotografía: Beatriz Díaz.

En La Línea, ciudad vecina a Gibraltar, decenas de miles de personas vivieron en pequeñas barracas de madera, chapa y cartón construidas sobre la arena. La huella de la vida en estas viviendas persiste en la memoria de sus habitantes y en los patios y callejuelas de la ciudad.

Trece mujeres y siete hombres nacidos entre 1921 y 1959 nos explican cómo sobrevivieron en este espacio transfronterizo donde la pobreza sostiene a la riqueza, con qué construyeron sus casas, cómo compaginaban su trabajo con la crianza, cómo se arreglaban para cocinar, para conseguir el agua y para eliminar los desechos. Frente a la criminalización impuesta a esta olvidada ciudad, sus relatos reconstruyen una historia que denuncia y dignifica.

